BOLSILIBROS BRUGUERA

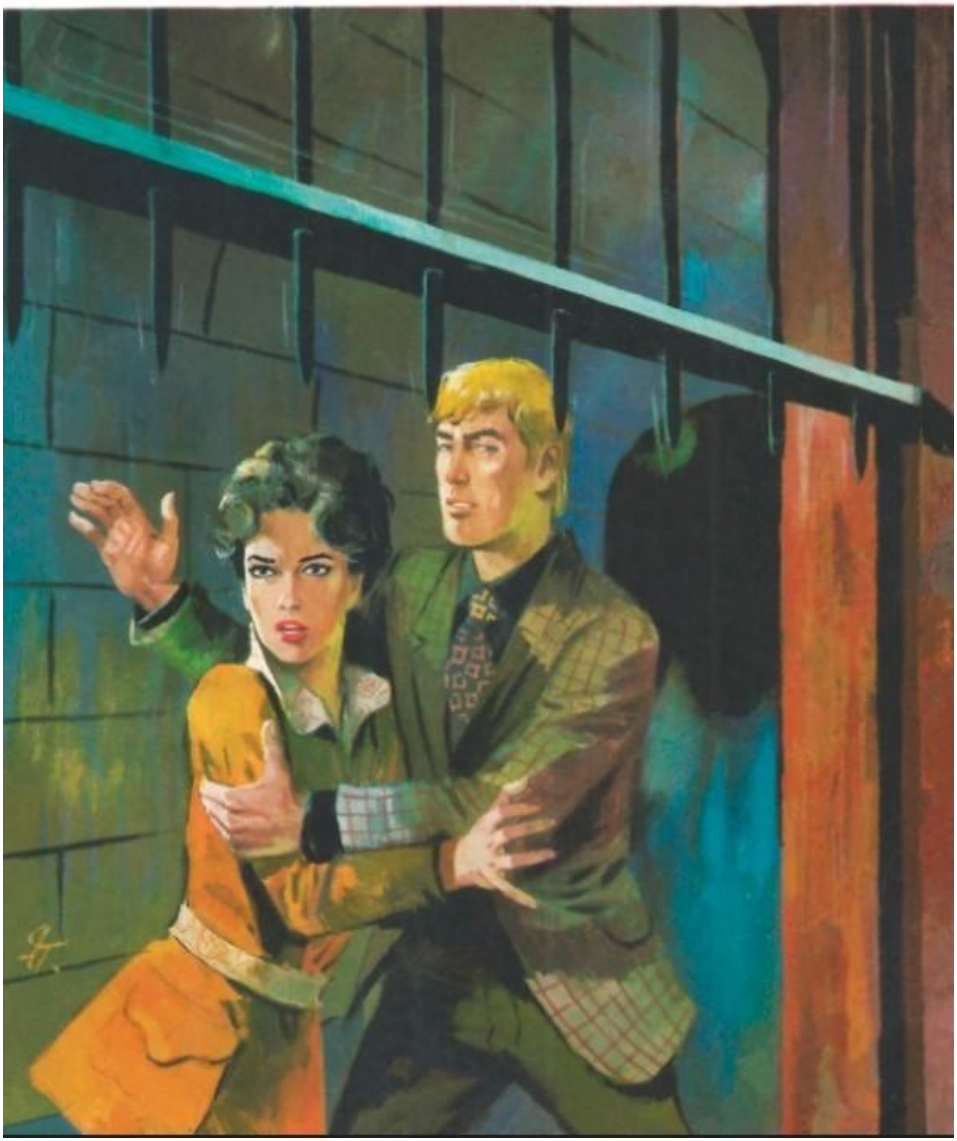
SS

SERIE

SERVICIO SECRETO

el fin de la maldición

clark carrados



SS
SERVICIO SECRETO
eb

CLARK CARRADOS

EL FIN DE LA MALDICION

Colección **SERVICIO SECRETO** n.º 1.101
Publicación semanal
Aparece los **MIERCOLES**

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito Legal B 27.924 - 1971

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: setiembre, 1971

© CLARK CARRADOS – 1971
sobre la parte literaria

© JOSÉ TRIAY - 1971
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona – 1971

CAPÍTULO PRIMERO

La vi salir una tarde de un elegante salón de té, no lejos de Piccadilly Circus, e inmediatamente me sentí subyugado por su belleza. Uno no quiere ser presumido y decir que ha conocido a muchas mujeres hermosas en la vida, pero ella era el súmmum y compendio de la Belleza, así, con la inicial en mayúscula.

Y también sin ser presumido, creo que ella me vio a mí, me miró y hasta diría que sonrió muy ligeramente. Hinché el pecho y sentí que se me dilataba el corazón con un extraño júbilo. Allí quedé, en el borde de la acera, contemplándola unos maravillosos instantes, hasta que desapareció a bordo de un taxi.

Entonces di media vuelta y me dispuse a entrar en la sala, donde tenía acordada una cita con una hermosa muchacha. Después de haber visto a Belleza, me pareció que Nancy Mac Fadden sería la personificación de la Fealdad... y había muchos que hubieran dado su mano derecha por tener mi puesto junto a Nancy.

Pero la otra, Belleza...

Tan abstraído estaba, que no me di cuenta del obstáculo que surgía ante mí, en forma de cuerpo humano. Alguien soltó una risotada.

—¿Te ha dejado ciego, Dunstie? —me preguntó mi buen amigo Algy Braigh, alto ejecutivo de una importante empresa de productos químicos.

—¿Quién? —pregunté, todavía en la nube a la que me había llevado la contemplación de Belleza.

—Ella, hombre, ¿quién va a ser? Beugrid Hervilian, esa hermosa muchacha que te ha dejado atontado.

—Ah, se llama Beugrid...

—Un nombre extraño, pero interesante. Claro que ella lo es mucho más, Dunstie.

—Sí, Algy...

Braigh se echó a reír.

—¡Despierta, hombre! —me apostrofó cariñosamente—. ¿Te ha

gustado Beugrid Hervilian?

—¿Qué si me ha...? Pero, ¡qué cosas tienes, Algy! ¡Es la mujer más bella del mundo...!

Braigh me dio un codazo en el estómago.

—Pues cuidado con ella, Dunstie. Aléjate de Beugrid o caerá sobre ti la maldición de los Hervilian.

—¿Cómo dices, Algy?

—Perdóname, Dunstie, pero ahora no puedo entretenerme más. Veo a mi mujer a bordo del coche, que me está haciendo señas... y como no arranque pronto, nos van a meter un buen multazo...

Braigh echó a correr y me dejó solo en la acera, sin querer explicarme en qué consistía la maldición de los Hervilian. Luego, de pronto, me acordé de la cita con Nancy y entré en el salón de té, pero la tarde no resultó ni con mucho lo agradable que yo había esperado y, no sé cómo, Nancy se dio cuenta de que yo estaba hecho un imbécil y antes de que terminase la velada, me envió a paseo con buenas palabras, cosa que, a decir verdad, no lamenté nada, porque tenía clavada en medio de la frente la figura de Belleza, a la que, en aquellos momentos, me pareció iba a ser muy difícil olvidarla.

Pero lo que son las cosas; el trabajo me hizo olvidar a Beugrid Hervilian. Enfrascado en la redacción de mi libro sobre mi último viaje a la tierra de los Sjawossi, el incidente de aquella tarde desapareció por completo de mi imaginación, hasta el punto de que cierto día llegué a estar como estaba antes de conocerla: esto es, ignorándola por completo.

Y así pasaron los días y algunas semanas, mientras yo avanzaba rápidamente en la redacción de mi libro. Pero una noche, algo fatigado de una larga jornada de trabajo, ocurrió que sentí que necesitaba tomar un poco el fresco y así, después de advertir a mi *valet* Mortimer, tomé mi bastón y salí a la calle.

Me agradó poder estirar las piernas. Siempre he sido amante de la vida al aire libre y del ejercicio físico, si bien con la necesaria moderación para, fortaleciendo los músculos, no convertirme en un bruto humano. Hacía una noche bastante limpia para ser noche de Londres y agradaba pasear por las aceras desiertas a aquellas horas, en el barrio residencial donde tengo mi casa.

Entonces, poco rato más tarde, me pareció oír un grito sofocado

de mujer.

Alguien emitió una interjección poco académica para quejarse del impacto de la puntera de un zapato, recibido de modo desagradable en una de sus piernas.

* * *

Doblé la esquina. Había dos hombres forcejeando con una mujer. Un tercero aguardaba tras el volante de un gran «Bentley» negro.

Ella me pareció vagamente conocida. Como fuera, resultaba indudable que se trataba de un secuestro.

Quizá otro, en mi lugar, se habría inhibido del asunto. Yo, no es por presumir, me las he visto en más apuradas que aquella noche. Naturalmente, me pareció muy mal que quisieran raptar a la mujer.

Ella me vio de pronto y lanzó una petición de socorro:

—¡Ayúdeme, por favor!

Los secuestradores volvieron la cara. Uno de ellos, de expresión patibularia, soltó a la mujer y se volvió hacia mí.

—¡Llévatela, Hossie! —ordenó.

Avanzó hacia mí, con la mano en el bolsillo de su chaqueta. De pronto la sacó y, en el mismo instante, escuché un chasquido y vi el brillo de un acero.

—Lárguese, entrometido —ordenó hoscamente.

Mi bastón cayó súbitamente sobre su muñeca, haciendo saltar la navaja por los aires. El tipo lanzó un aullido y cayó de rodillas. Un segundo golpe en el cráneo lo derribó por tierra sin sentido.

El otro estaba a punto de meter a la mujer en el coche. Vio caer a su compañero y respingó de asombro.

Salté hacia él y le clavé el bastón en el estómago. El rufián se curvó hacia adelante. Un nuevo golpe, idéntico al que había propinado a su compinche, lo tiró por tierra.

Entonces fue cuando escuché la voz del chófer:

—¡Quieto o disparo!

Volví la cabeza. El conductor del «Bentley» sacaba una pistola por la ventanilla, muy dispuesto a emplearla contra mí, a juzgar por el brillo de sus ojos.

De soslayo pude apreciar que la mujer estaba parada a unos

metros de distancia, sujetándose el abrigo de pieles con una mano, mientras se apoyaba en la tapia de un jardín. Me imagino que pensó en aquel momento que mi derrota se había consumado.

Pero mi bastón era capaz de hacer algo más que golpear manos, estómagos y cráneos. Apreté cierto resorte situado cerca de la empuñadura y la contera salió disparada como un proyectil.

Se oyó un rugido de dolor. La contera había alcanzado al chófer en el ojo derecho, privándole momentáneamente de la visión. Su ojo le pareció más importante que la pistola, pues la abandonó para cuidárselo.

Sin prisas, abrí la portezuela y tiré de él. Empezó a caer de costado, pero tropezó con mi rodilla. Se le pasó en el acto el dolor del ojo.

La navaja estaba caída en el suelo a mis pies. Me agaché para recogerla, y entonces percibí un ligero movimiento a mi derecha.

Uno de los asaltantes se había levantado. La navaja partió silbando y se clavó en su hombro izquierdo, arrancándole un aullido de dolor. Aquel tipo ignoraba que soy ambidextro. Lo había aprendido de una manera que no lo olvidaría jamás.

La pelea había terminado. Ahora lo correcto era acercarse a la dama y presentarle mis respetos, y así lo hice.

Entonces la reconocí.

Era ella. Belleza.

—Oh —dije, sin poder contenerme—. Usted es... Beugrid Hervilian.

—La misma, *lord* Mintwose —contestó Beugrid con voz que parecía hecha de mil campanillas de plata—. No sé qué decirle para expresarle mi gratitud...

—El agradecido soy yo por haber tenido ocasión de conocerla personalmente, señora.

—Señorita —puntualizó Beugrid. Miró con aprensión a los lados —. Pero creo que aquí no estamos bien.

—Tiene usted razón, señorita Hervilian. ¿Dónde quiere que la lleve?

—Mi casa está relativamente cerca. Si no le resulta molestia acompañarme...

—Será un placer —aseguré; y pocas veces había sido más sincero que en aquellos momentos.

Echamos a andar, despreocupados de los secuestradores. Momentos después, nos hallábamos en la puerta de su residencia, una casa de elegante aspecto, no muy grande, sin embargo, y rodeada de un pequeño y bien cuidado jardín.

Beugrid me miró.

—Desearía invitarle a tomar algo —dijo.

—No me atrevía yo a pedírselo —sonreí.

Ella hizo un leve gesto de aquiescencia y tocó el timbre. Una doncella uniformada abrió a poco.

—Sally, prepare café y llévelo al saloncito azul —dijo—. *Lord* Mintwose y yo tenemos que hablar unos momentos.

—Sí, señorita.

Beugrid se volvió hacia mí.

—Temo que la... discusión haya estropeado un poco mi peinado. ¿Quiere disculparme unos momentos, *lord* Mintwose?

—No faltaría más, señorita Hervilian.

Sally, la doncella, me acompañó al salón azul, cuyo decorado en delicados tonos azules justificaba el apelativo. Saqué la pitillera y encendí un cigarrillo, mientras contemplaba un paisaje de un puente sobre un río en la campiña.

Me pregunté si aquel cuadro sería de Turner. El estilo así parecía indicarlo.

—Sí —dijo Beugrid de pronto a mis espaldas—, es un Turner legítimo.

CAPÍTULO II

Me volví hacia ella. Sally entró con el servicio de café, pero no le presté atención.

Ahora podía contemplarla a mi sabor, hermosa como ninguna mujer, de formas perfectas, alta, aparentemente delgada, quizá debido al ceñido traje negro que se amoldaba a su cuerpo como una segunda piel, con la frondosa cabellera más negra aún que el vestido y las insondables pupilas verdosas que eran uno de sus rasgos más atractivos.

El vestido dejaba al descubierto unos brazos y unos hombros de blancura marmórea, sostenido por dos delgadas tiritas de tejido plateado, único adorno, junto con una gargantilla de perlas y el reloj de pulsera, que ostentaba. Sonriendo hechiceramente, se inclinó para servirme el café.

—Es la segunda vez que nos encontramos, si mal no recuerdo, *lord* Mintwose —manifestó, al tenderme la taza.

—Así es —confirmé—. Hace meses nos encontramos casualmente cerca de Piccadilly. Pero usted me conoce, señorita Hervilian.

Ella tomó asiento junto a la mesita Luis XV auténtica.

—Sus hazañas han sido motivo de numerosos reportajes en periódicos, revistas, radio y televisión —dijo—. Es usted un hombre de notable fama, *lord* Mintwose.

—La gente es propensa a exagerar —contesté sonriendo—. He realizado algunas expediciones de resultado afortunado, eso es todo.

—Sobre todo, las que realizó a ese país perdido en el corazón de África.

—Tuve suerte en encontrar esa remota tierra, de la que solo se habían oído vagos informes y siempre en el sentido de que lo consideraban un país de leyenda.

—En el cual abundan tanto los diamantes como los guijarros en el Tyne.

—Los diamantes y piedras preciosas del país de los sjawossi son

leyenda. No así, claro, sus habitantes, que son seres reales, pero de los que no se puede decir naden en la opulencia. Bastante civilizados, teniendo en cuenta el aislamiento en que han vivido durante milenios, pero todavía muy retrasados con respecto a los habitantes de otros países africanos. Aunque, si tiene interés en conocer más datos del país de los sjawossi, será un placer para mí enviarle un ejemplar del libro que estoy terminando de escribir sobre ese viaje, apenas haya sido editado.

Beugrid hizo una graciosa inclinación de cabeza.

—Aceptaré el libro con mucho gusto —dijo—. Lo guardaré en lugar preferente, como recuerdo del valiente caballero que me salvó de un gravísimo apuro.

Terminé el café y dejé la taza sobre la mesita.

—No he querido mencionarle el incidente por discreción —manifesté—. ¿Por qué querían secuestrarla?

Ella se levantó.

—Dispénseme, *lord* Mintwose —contestó—. No me gustaría que me considerase como una mujer descortés, pero prefiero ocultar los motivos del secuestro.

—Siento haberla molestado, señorita Hervilian —me disculpé.

—Oh, no se preocupe; el peligro ha pasado ya. Pero... fue algo estupendo. Peleó contra tres hombres y los derrotó...

—He corrido aventuras mucho peores —dije modestamente.

—Uno de ellos le amenazó con su pistola.

—Y otro quiso utilizar su navaja, pero, repito, eso no tiene importancia.

Beugrid entornó los ojos.

—Es usted muy fuerte —observó.

—Indudablemente, y aparte de mi complexión, se debe a la vida de continuo ejercicio —justifiqué.

—Debe de ser cierto —convino ella—. Pero disparó algo con el bastón...

Me eché a reír.

—Un pequeño truco, a base de un muelle y una contera móvil —dije—. Suelo pasear a veces de noche y a estas horas, las calles de Londres no están muy seguras. El bastón es un buen elemento de defensa, incluyendo la contera proyectable.

Beugrid rio también.

—Me imagino el chasco que debió de llevarse aquel sujeto al recibir el impacto en el ojo. Como quiera, le estoy infinitamente agradecida, *lord* Mintwose.

Entendí que me despedía. Pero yo estaba muy a gusto a su lado y me dolía abandonarla tan pronto.

—Me disgustan los tratamientos ceremoniosos —manifesté—. Mi nombre es Dunstan.

—Sí, lo sé —contestó ella evasivamente.

Ya no tenía más remedio que irme. Antes, sin embargo, quise tentar la suerte una vez más.

—¿Podré tener el honor de verla de nuevo en una próxima ocasión? —consulté.

—No estoy en condiciones de darle una respuesta concreta, *lord* Mintwose —contestó.

—Quizá... se deba a la maldición de los Hervilian —sugerí con todo descaro.

Beugrid palideció.

—¡Por favor! —exclamó, con voz crispada.

«He metido la pata», pensé.

—Siento haberla ofendido, señorita —me excusé—. Le ruego tome esas palabras como no pronunciadas.

Ella dulcificó el gesto.

—En cierto modo, ninguno de los dos somos culpables de la fama que tenemos —manifestó.

Salí de casa de Beugrid pisando sobre nubes, aunque también un poco defraudado, porque había conseguido saber muy poco de ella. Pero en este mundo conviene ser tenaz, sobre todo, cuando se ha dado con éxito el primer paso.

Y en lo que a mí se refería, el primer paso de aproximación a Belleza no había podido ser más afortunado.

Volvería a verla, me dije, esperanzado en el futuro.

* * *

Los días siguientes pasaron con rapidez y terminé el libro, que entregué a mi editor, junto con una impresionante colección de fotografías, tomadas en el corazón de aquel extraño pueblo perdido en una elevada meseta del África Central. Pronuncié un par de

conferencias y escribí otros tantos artículos, solicitados por sendas revistas científicas, de renombre internacional.

La verdad sea dicha, que uno tenga el título de *Sir* y que la gente le llame *lord* Mintwose, no significa que la riqueza le abrume. Tengo que trabajar como cada quisque, aunque, por fortuna, trabajo en algo que me gusta. Encerrarme en una oficina sería para mí un tormento solo comparable a los del Dante en su *Divina Comedia*.

Una o dos veces intenté contactar con Beugrid Hervilian. Fracasé rotundamente en todas las intentonas. Incluso fui a su casa, pero no había nadie.

Me pregunté adónde podría haber ido. Quise conocer más detalles sobre la maldición de los Hervilian, pero el único que podía decirme algo sobre el tema, Braigh, estaba en viaje de negocios por Sudamérica y tardaría al menos un par de meses en regresar.

Un día, de pronto, llegó una carta en el correo.

El sobre era largo y de color levemente azulado. Desprendía un grato perfume, muy suave, y me pareció conocerlo.

Tomé la plegadera y rasgué el sobre. Dentro había una cuartilla, con unas líneas escritas a mano:

> «Muy estimado *sir* Dunstan:
>
> Aunque quizá, la última vez que nos vimos, no me porté con usted con demasiada consideración, desearía vivamente olvidase mi incorrecto proceder. Una de las formas de conseguirlo sería aceptar una sincera invitación para pasar unos días en mi residencia de Kempdon Park, tres millas y media al N. O. de Eccleston y una vez cruzado el puente sobre el Fotherhyne.
>
> »Suya afectísima,
>
> »B. Hervilian».
>
> Postdata: «Si acepta, puede llegar a partir del lunes próximo, día 11.
>
> »B. H.».

¿Debo decir que casi salté de mi asiento al leer la misiva?

Bueno, eso es fácil imaginar. Lo que ya no es tan fácil imaginar

es la impaciencia que me acometió al darme cuenta de que aún era viernes.

Inmediatamente, tomé el teléfono para que despachasen un telegrama de aceptación a Kempdon Park y anunciando mi llegada para el día mencionado. Luego di en elaborar rosados sueños, en los que la imagen de Belleza tenía un papel primordial.

Era casi de risa. A mis treinta y cuatro años, ¿me había enamorado como un cadete?

Una vez recordé la maldición de los Hervilian. «Condenado Algy. Mira que marcharse ahora a Sudamérica», pensé, muy disgustado. Lo cierto era que la maldición me importaba un rábano...

De pronto, sonó el teléfono.

Levanté el aparato.

—¿*Sir* Dunstan? Soy Henry Mac Cabe, el anticuario —sonó una voz en mis oídos—. Me interesaría mucho hablar con usted personalmente.

—¿Qué tal, señor Mac Cabe? —contesté—. ¿Sucede algo de particular?

—Bien, hasta cierto punto... Usted, tengo entendido, conoce a Beugrid Hervilian.

—Sí, desde luego, aunque no se puede calificar de un conocimiento demasiado profundo.

—Ella me habló de usted en cierta ocasión —dijo el anticuario —. Yo tengo algo en mi tienda que le interesará, pero no es preciso que venga hoy; tengo una entrevista de negocios y quizá me ocupe el resto de la tarde.

—Bueno, si le parece, iré mañana por la mañana. ¿A las diez?

—Conforme, *sir* Dunstan.

Colgué el teléfono. ¿Qué iba a decirme Mac Cabe sobre Beugrid?

Mac Cabe era uno de los más afamados anticuarios de Londres y un verdadero experto en obras de arte, aunque su tienda no pareciese de las mejores. Pero había pocos que tuviesen su visión para autentificar o declarar falsa una obra de arte sometida a su peritaje.

Anochecía ya. Mortimer, mi mayordomo, tenía la tarde libre y yo estaba solo en casa. Bueno, la vieja Minnie, mi antigua niñera y ahora cocinera, se hallaba en el otro lado del edificio. Casi podía

decirse que estaba en los antípodas.

Entonces fue cuando llamaron a la puerta.

CAPÍTULO III

Abrí.

No se puede decir que yo sea un tipo bajo, ni mucho menos. Ando por el metro ochenta, pero después de haber abierto me encontré con los ojos al nivel de la garganta de un sujeto cuya cabeza parecía ir a chocar con el dintel de la puerta.

Levanté la vista.

—Usted dirá —murmuré, atónito ante aquel colosal individuo.

—¿Hablo con *lord* Mintwose? —preguntó el gigante, con voz que parecía salir de las entrañas del suelo.

—Así es. ¿En qué puedo servirle, caballe...?

Ya no dije más. Algo parecido a una catapulta de lanzamiento de aviones me golpeó en el pecho.

Retrocedí corriendo cuatro o cinco pasos, choqué con un sillón y di la voltereta en el aire.

Afortunadamente, soy rápido de reflejos y pude amortiguar el golpe, corrigiendo la caída en vuelo. Un instante después, cuando empezaba a levantarme, vi que aquella montaña de huesos y músculos cargaba sobre mí con algo que ondulaba sujeto por las dos manos.

Era un cordón de seda, delgado, pero fuerte y resistente. Sus intenciones eran harto visibles.

Quería estrangularme. Yo ignoraba las causas, aunque tampoco me entretuve a meditar sobre ello. Salvar mi vida, en aquellos momentos, era para mí lo más interesante.

Agarré el sillón y lo empujé hacia adelante, golpeándole en ambas piernas. El gigante gruñó, saltó a un lado y se dispuso a arrojarse sobre mí.

Si dejaba que me pusiera el lazo en torno al cuello, mi suerte estaba echada. Soy fuerte, pero mi potencia muscular no podía, ni de lejos, compararse con la de aquel mastodonte humano.

Retrocedí paso a paso. De pronto, choqué contra la pared.

El gigante sonrió. Vestía corrientemente, pero, debajo de su

sombrero, adiviné un cráneo completamente mondo. Me pareció apreciar rasgos orientales en su cara de luna llena.

De pronto, recordé una cosa.

Sobre mi cabeza tenía una panoplia con armas exóticas, que yo había ido reuniendo a lo largo de sucesivos viajes. Alargué la mano y agarré una lanza sjawossi.

Es un arma terrible. Más que lanza, se puede calificar de venablo. Tiene poco más de un metro de largo y el astil está rematado por una hoja ancha, aunque no plana, de bordes afilados como una navaja de afeitar.

La hoja tiene una curvatura helicoidal, cosa que no se le ha dado al construirla sin un objeto. Cuando el venablo vuela por los aires, la hoja lo hace girar sobre sí mismo y penetra en el cuerpo de la víctima, a modo de una barrena. Es fácil imaginar la clase de heridas que puede causar una lanza sjawossi si se arroja con fuerza y decisión.

Pero yo no quería matar a mi adversario, sino solamente intimidarle. El susto que se llevó al ver que la aguzada punta del venablo apuntaba a su pecho me dejó incluso desconcertado.

Creí que sería más valiente. El cordón estrangulador se desprendió de sus manos apenas vio la punta de la hoja rozarle su pecho. Casi chilló de pavor.

Giró sobre sus talones y emprendió veloz huida. Atravesó el salón como un meteoro, abrió la puerta y huyó como alma perseguida por el diablo.

Respiré aliviado, aunque no dejaba de seguir intrigado por aquel intento de asesinato, cuyos motivos ignoraba por completo. Minnie ni se había enterado de lo ocurrido.

Volví el venablo a la panoplia y me agaché para recoger el cordón estrangulador. La seda parecía corriente, pero al tacto noté en su interior algo que me puso los pelos de punta.

El tejido trenzado no era sino una envoltura destinada a ocultar el delgado cable de acero que había en su interior. Un solo apretón, propinado con aquellas manos de hércules, habría sido suficiente para destrozarme la garganta.

Una vez más, desconcertado y, ¿por qué no decirlo? preocupado, me pregunté:

¿Quién? ¿Por qué?

* * *

Había un tipo de piel muy oscura parado ante la puerta de la tienda de antigüedades a la mañana siguiente, cuando fui a visitar a Henry Mac Cabe. Esto no tiene importancia hoy día en Londres, así que no me fijé apenas en el sujeto.

Vagamente reparé en que era alto y esbelto, pero mi mente estaba en otros sitios más alejados para captar más detalles.

Entré en la tienda. Un atildado dependiente me informó que el señor Mac Cabe tenía una visita y que me recibiría unos minutos más tarde.

Efectivamente, cinco minutos después, se abrió la puerta del despacho privado del anticuario y vi a este que salía junto con un elegante caballero de edad madura.

Mac Cabe me dirigió una amable sonrisa, en la que creí apreciar indicios de preocupación. Junto con su visitante, llegó hasta mí para presentármelo.

—Celebro verle, *sir* Dunstan —me saludó—. ¿Conoce usted al señor Guilney? Señor Guilney, tengo el gusto de presentarle a *sir* Dunstan Mintwose.

—Es un placer, señor Guilney —dije gravemente.

—Para mí es un honor conocer a un hombre de su fama, *lord* Mintwose —declaró Guilney.

Me fijé en sus ojos. Eran claros, fríos, duros como el pedernal, pese a la apariencia de bondad de su cara. Guilney se volvió después hacia el anticuario.

—¿Entonces...? —dijo.

—Lo siento, señor Guilney.

Fue una respuesta tajante, no obstante su cortesía. Vi una ligera crispación en la cara del visitante, el cual recobró enseguida su apariencia de afabilidad.

—Adiós, señor Mac Cabe —se despidió—. Encantado, *lord* Mintwose.

Me quité el sombrero hongo con gesto de urbanidad. Guilney pasó por delante de nosotros y se dirigió hacia la salida de la tienda.

El anticuario me asió por un brazo; tenía confianza para hacerlo.

—Venga conmigo, *sir* Dunstan —invitó—. Lo que tengo que decirle es muy importante.

—Está llenándome de curiosidad, señor Mac Cabe —dije.

—Ahora se siente curioso. Luego sentirá asombro. Entre, entre, por favor.

Cruzamos la puerta del despacho, grande y amueblado con gusto. Había allí algunos objetos de arte que valían muchísimo dinero, pero de los cuales Mac Cabe no se habría desprendido por todo el oro del mundo. Era su exposición personal, para él solo.

—¿Jerez? ¿Oporto? —sugirió.

—Por favor, es demasiado pronto todavía —dije.

Abrió una valiosa cigarrera.

—Entonces, un habano —indicó.

—Tampoco, no es mi hora —sonreí.

Mac Cabe se encogió de hombros.

—Yo fumaré uno —dijo.

Y se sentó frente a mí.

—*Sir* Dunstan —empezó a hablar—, pese a sus títulos, es usted un hombre que trabaja para ganarse la vida, si bien hace lo que más le gusta, que es viajar, explorar, descubrir nuevas tierras y escribir luego el relato de sus viajes, completados, como es lógico, con fotografías y filmes documentales de gran valor. Creo que no me equivoco, ¿verdad?

—En absoluto, es del dominio público —concedí, mientras elegía un cigarrillo en mi pitillera.

—En tal caso, no le importará que le ofrezca el medio de ganarse veinticinco mil libras esterlinas —dijo Mac Cabe.

Casi salté en mi asiento.

—Amigo mío, es una cantidad muy elevada —califiqué.

—Lo sé. Por eso la ofrezco y porque, además, no solo el trabajo, sino lo que conseguirá con él, vale diez veces más la suma mencionada. Bueno, diez o cien veces; en realidad, es algo que carece de valor, precisamente porque no se puede calcular lo que vale.

—Me intriga usted, Henry —dije, apeando el tratamiento.

El anticuario se echó a reír.

—Ya se lo anuncié antes —contestó jovialmente.

—Parece ser que se trata de una obra de arte —adiviné.

—Cierto —admitió mi interlocutor.

Todavía no había encendido el cigarro. Le había quitado la faja

y mordido la punta, pero jugueteaba con él mientras hablaba conmigo.

—Una obra de arte que puede valer millones —dije.

—Sí.

—Y usted quiere que yo se la consiga.

—Exactamente.

—¿Por qué yo, precisamente?

—*Sir* Dunstan, si cerramos el trato, usted me entregará esa obra de arte, lo que no se puede decir de cualquier otra persona a la cual encomendase el trabajo. ¿Lo comprende ahora?

Hice una inclinación de cabeza.

—Gracias por la confianza que demuestra en mí, Henry —manifesté.

—También es egoísmo —confesó Mac Cabe—. Estoy seguro que, de encargárselo a cualquier otro, no me lo entregaría.

—Y yo sí.

—Sí, desde luego.

—Muy bien, Henry. Adelante. ¿Cuál es la obra de arte?

—En primer lugar, ¿ha oído usted hablar de la maldición de los Hervilian?

Volví a saltar en mi asiento.

—¡Henry! —dije, casi a punto de explotar—. ¿Por qué no se explica de una vez?

—Ha oído mencionar esa maldición, ¿verdad?

—Lo he oído, pero no sé en qué diablos consiste.

—Muertes, *sir* Dunstan. Muertes misteriosas que suceden en determinadas épocas, aunque no con regularidad y desde hace unos ciento cincuenta años. En total, se han producido ya cuatro o cinco muertes.

—Vaya —resoplé—. ¿Algún fantasma?

Mac Cabe soltó una risita.

—¿Quién sabe? En todo caso, esas muertes tienen relación con el trabajo que quiero encomendarle. Por eso le pagaré las veinticinco mil libras, en las que incluyo, como es lógico, el premio por los posibles riesgos que pueda correr en la consecución del objetivo.

—Ah, luego hay riesgos.

—Indudablemente, *sir* Dunstan. Pero usted es un hombre

avezado al peligro, además de valiente e inteligente. Por dicha razón he querido que fuese usted quien consiga para mí a la *Primera Pareja*.

Enarqué las cejas.

—¿La *Primera Pareja*? —repetí—. ¿Es ese el nombre de la obra de arte que tanto le interesa?

Mac Cabe asintió en silencio, muy ocupado en aspirar para que creciese la brasa de su cigarro, que había encendido momentos antes. Yo me pregunté si se trataría de algún cuadro de tema bíblico, con Adán y Eva en el Paraíso Terrenal, por supuesto.

Súbitamente se produjo una explosión.

Los ojos del anticuario se dilataron horriblemente. Vi salir humo por su boca y narices y luego empezó a brotar la sangre a torrentes.

Henry Mac Cabe se mantuvo un instante erguido en el sillón, ofreciendo un aspecto espantoso. Después, se inclinó a un lado y rodó sobre la alfombra.

Quise socorrerle, pero era ya inútil. Estaba muerto.

CAPÍTULO IV

—Un truco diabólico —dijo el inspector Long, de Scotland Yard, enseñándome en la palma de la mano los restos del cigarro, contenidos en un trozo de papel—. Dentro del habano había un cartucho de nueve milímetros de calibre, con el culote hacia afuera. La brasa del cigarro calentó el fulminante, que hizo explosión, originando así la proyección de la bala, inflamación de la pólvora y la consiguiente expulsión del proyectil, que, dada la situación del cigarro, destrozó una de las vértebras cervicales.

—Suficiente para matarlo instantáneamente —dije.

—Así es —confirmó Long—. Dada la posición del habano, entonces en la boca de la víctima, el proyectil tenía que ir a parar inevitablemente a la columna vertebral.

—Pudo haberlo tenido en la mano —alegué.

—Quizá la bala le habría alcanzado entonces en la garganta o en el pecho... pero yo me imagino que, con el cartucho dentro, el cigarro no tiraba bien y era preciso chupar fuerte, más de lo ordinario. Pasa así cuando un cigarro no está bien elaborado, sir Dunstan.

—Cierto —aprobé.

—Un truco diabólico —insistió Long—. Pero ¿por qué lo mataron?

Deliberadamente, oculté lo que Mac Cabe me había mencionado sobre la maldición de los Hervilian y la obra de arte que yo debía conseguir para él. La verdad era que yo sentía más su muerte que la pérdida de la recompensa ofrecida, aunque el hecho había acicateado poderosamente mi curiosidad y estaba dispuesto a conseguir la *Primera Pareja* a todo trance.

—No tengo la menor idea —mentí descaradamente—. Ahora bien, ¿cómo supo el asesino que Mac Cabe escogería precisamente el cigarro mortífero?

Long se encogió de hombros.

—Quería matarlo —dijo—. Tarde o temprano, Mac Cabe habría

acabado por encender ese cigarro.

—Pero la caja está llena. ¿Qué hubiera pasado sí, por ejemplo, yo hubiese aceptado el que me ofreció?

Long se sobresaltó. Corrió hacia la mesa y levantó la tapa de la cigarrera.

—Era el último cigarro, *sir* Dunstan —exclamó.

Me acerqué a la mesa. El inspector tenía razón.

—Quizá me lo pareció a mí —dije—. Él levantó la tapa, pero yo estaba sentado y no vi el interior desde mi sitio. Subconscientemente, uno piensa, cuando le ofrecen un habano, que la cigarrera está llena o que tiene varios cigarros... ¡Un momento! —exclamé—. Esta no es la cigarrera de Mac Cabe.

Long respingó.

—¿Está seguro, *sir* Dunstan? —preguntó.

—Absolutamente. He estado más de una vez en este despacho y vi su cigarrera muchas veces. En el ángulo superior izquierdo tenía grabadas sus iniciales a troquel... y aquí no veo ninguna inicial.

El entrecejo del inspector se arrugó.

—Alguien cambió las cigarreras y dejó una que solo contenía un habano, preparado ya con el cartucho —dijo—. Tuvo que ser alguien que conocía la cigarrera y que compró una igual, aunque omitió el detalle de grabar las iniciales.

—Eso es cierto —convine. No sé por qué, me acordé de Guilney, aunque evité mencionarlo—. Ahora bien, si solo quedaba un cigarro, ¿por qué me invitó a fumar a mí?

—Por cortesía... y porque tiene un par de cajas más, sin abrir, en uno de los cajones de la mesa —explicó el policía, que ya había practicado un somero registro de la estancia—. Si usted hubiese aceptado ese cigarro, él habría desprecintado una de las cajas nuevas.

Me estremecí.

—En ese caso, el que estaría ahora en la Morgue sería yo —dije.

Long hizo un gesto de asentimiento.

—*Sir* Dunstan, ¿no se le ocurre a usted alguna idea de las causas por las cuales fue asesinado Mac Cabe? —preguntó.

—No. Lo siento, inspector. Éramos bastante amigos y yo había venido a charlar con él. A veces, le compraba algún objeto de arte, de no demasiado valor, por supuesto. Él siempre tenía para mí algo

acomodado a mis posibilidades, lo cual no quiere decir que cada vez que viniese a verle hiciese una compra.

—Es lógico —convino el policía.

Momentos después, Long me dio permiso para retirarme, cosa que hice sin más dilación. Yo me sentía enormemente preocupado y es preciso convenir en que tenía motivos para ello.

¿Estaba en juego la maldición de los Hervilian?

Mac Cabe la había mencionado y estaba muerto. Yo había entrado en relación con uno de los miembros de la familia Hervilian y había estado a punto de morir.

La misma Beugrid había sufrido un intento de secuestro. ¿Qué enigma se escondía tras aquellos desagradables sucesos?

Presentí que era necesario aguardar a la llegada a Kempdon Park, para desvelar el misterio.

Y mientras esperaba, me prometí a mí mismo no aceptar ningún cigarro habano, viniera de quien viniese.

* * *

El paisaje era abrupto y áspero, pero hermoso. Hacía una temperatura excelente, aunque el otoño se veía ya por todas partes, en las doradas hojas de los árboles y en los trozos de prado que amarilleaban.

El Fotherhyne saltaba de roca en roca, siguiendo un curso paralelo al camino que conducía a Kempdon Park. Atravesé Eccleston, una aldea pequeña, pero bien cuidada, y dos millas más adelante, la carretera estaba cerrada por un violento acantilado que caía a pico sobre el río.

Entonces era preciso desviarse a la izquierda, casi en ángulo recto, para atravesar el puente que salvaba aquel desfiladero. Las aguas del río espumeaban turbulentas a quince metros por debajo del puente, cuya longitud era de otros tantos metros.

Estaba construido con recia viguería de madera. El suelo era de sólidos tablones, capaz de aguantar unas cuantas toneladas. Había una fuerte barandilla a ambos lados.

El lugar estaba completamente desierto. Solo se oía el rumor de la brisa al pasar entre las hojas de los árboles y el del torrente. El camino ascendía paulatinamente y empezaban a hacerse más

frecuentes las grandes coníferas. Había pinos de veinte y treinta metros, de aspecto realmente majestuoso.

La carretera describía muchas curvas. Ciertamente, era un lugar ideal para tener una residencia. Lo peor de todo era la famosa maldición, en la cual empezaba yo a creer, pese a mi notorio escepticismo en tales materias.

De repente, al doblar una curva, divisé un tronco atravesado sobre la carretera.

Modestamente, uno tiene cierta experiencia de esta clase de asuntos. Me ha tocado vivir tiempos turbulentos en algún nuevo país africano e, indefectiblemente, cada vez que he visto un tronco atravesado por el camino, se trataba de una trampa montada por guerrilleros.

Mi reacción, fue, pues, instantánea. Pisé el freno a fondo y me incliné hacia la izquierda, escondiéndome por completo debajo del asiento. Entonces tableteó la ametralladora.

O fusil ametrallador, tanto da. Fue una ráfaga corta, pero pudo haber resultado mortífera de no haber estado yo tan oportuno.

Percibí claramente el ruido de los impactos en el parabrisas y permanecí así, inmóvil durante unos momentos angustiosos, temiendo ver llegar a cada instante al autor de los disparos para rematar su obra.

El silencio volvió después del estruendo de las detonaciones. Yo me dije que así no podía continuar y, calladamente, empecé a abrir la portezuela del lado izquierdo.

Los disparos habían venido del lado derecho, no cabía la menor duda. Una vez abierta la portezuela, me deslicé fuera del coche y, de un salto, me abalancé al otro lado de unos espesos matorrales.

Aguardé en silencio, con los nervios en tensión. Busqué un arma defensiva; lo único que pude encontrar fue un pedrusco, del tamaño de mi mano.

El coche había quedado a veinte pasos del árbol derribado. La sinuosidad del camino me había impedido rodar a más velocidad; de lo contrario, me habría estrellado contra el tronco.

Era un detalle que no habían tenido en cuenta los autores de la trampa. Por fortuna para mí, claro.

De súbito escuché pasos en las inmediaciones. Alguien venía.

Yo me dispuse a actuar. Si era uno de mis atacantes, le daría un

buen disgusto con mi piedra.

La persona que se acercaba venía por el bosque. Vi su silueta de lejos y, al acercarse un poco más, la reconocí, con no poco asombro por mi parte.

Era Beugrid Hervilian.

* * *

La joven llegó junto al camino y divisó el coche. Pude darme cuenta de que se sorprendía enormemente de ver el automóvil abandonado. De súbito, reparó en los impactos del parabrisas y el horror asomó a sus ojos.

Se acercó al coche y miró en su interior. Desconcertada, exploró los alrededores con la mirada.

—Estoy aquí, señorita Hervilian —dije desde el matorral.

—¡*Sir* Dunstan! —exclamó ella, en el colmo del asombro.

—Sí, yo mismo —rezongué, a la vez que me incorporaba.

—Pero ¿qué hace usted ahí? ¿Por qué se esconde?

Salí de los matorrales y me acerqué al coche. Con el índice de la mano izquierda, conté los impactos, todos ellos en el lado derecho del automóvil[1].

—Seis —dije—. Seis balas que podrían haberme destrozado el cráneo de no haber andado yo un poco vivo.

La cara de Beugrid expresó un vivo horror.

—¿Han... querido asesinarle? —dijo.

—Por segunda vez en tres días —contesté, haciendo saltar la piedra en la mano—. Mi suerte ha estado en que vi el tronco a tiempo.

Beugrid volvió la cabeza.

—Yo lo vi también, pero pensé que habría caído de viejo...

—Señorita Hervilian, cada vez que veo un tronco atravesado sobre una carretera, me pongo siempre en lo peor —declaré—. Y de este modo, he podido salvar la vida.

—Pero ¿quién ha querido asesinarle? ¿Por qué?

—Ah, eso es lo que también me gustaría saber a mí. Una cosa es segura: el emboscado disparó y se largó de inmediato. Tal vez creyó que había conseguido su objetivo o se sintió en peligro. Realmente, eso no importa demasiado por ahora. Pero ¿qué hace usted por

aquí?

—Kempdon Park está a una milla, siguiendo el camino, naturalmente. La distancia es menor a través del bosque y yo tenía ganas de estirar las piernas —declaró ella.

La examiné de pies a cabeza. Beugrid había recogido su abundante cabellera con una ancha cinta azul y vestía un *pullover* del mismo color y pantalones negros, muy ajustados. Su calzado eran unas botas negras, livianas, aptas para pasear sin molestias en los pies.

—Estos parajes son muy hermosos, en efecto, pero las ametralladoras les quitan todo su encanto —dije. Arrojé la piedra a un lado—. Voy a ver si despejo el camino.

El tronco no era muy grueso y ya he dicho que yo no soy un tipo enclenque. Me costó dos o tres empujones, pero al fin dejé el camino expedito.

—¿Seguirá usted a pie? —consulté.

Beugrid hizo un gesto negativo.

—Le acompañaré, si no tiene inconveniente —contestó.

—Ninguno —acepté, encantado.

CAPÍTULO V

No se podía decir que fuese un castillo medieval, pero tampoco era una pequeña residencia campestre. Era algo más que una quinta de recreo y menos que el palacio de Buckingham. El aspecto, pese a todo, pese al frondoso parque de hayas y robles que se extendía en casi una milla a la redonda, era más bien tétrico.

Ni siquiera salvaban la impresión fúnebre los grupos escultóricos que adornaban los grandes surtidores gemelos situados frente a la portalada de acceso a la residencia. Había en cada uno de ellos una hermosa Venus con un ánfora en la mano y varios amorcillos jugueteando a sus pies. La hiedra, por supuesto, cubría buena parte de la fachada.

Detuve el coche frente a la entrada principal.

—Hablaremos después, con más tranquilidad —dijo Beugrid, en el momento en que un individuo salía de la casa.

—Como usted guste, señorita Hervilian.

—Finney —habló ella al sujeto—, tenga la bondad de indicar a *lord* Mintwose su habitación —me miró con ligera sonrisa—. Hasta luego, *sir* Dunstan.

Me incliné respetuosamente. Abrí el portaequipajes y Finney, el mayordomo, extrajo del mismo una maleta y un maletín con los útiles de aseo.

—Por aquí, *milord*, tenga la bondad —me indicó Finney.

Entramos en la casa, grande, de recios muros de piedra, en los que se veían algunos cuadros, tapices y un par de panoplias. Una solemne escalinata, con barandilla de alabastro, conducía al piso superior, en donde un enorme corredor en forma de U permitía el acceso a las numerosas habitaciones de aquella planta.

Finney abrió una puerta y pasé a un enorme dormitorio, con cama doselada y chimenea en la que ardía un buen fuego. Pese al excelente tiempo que reinaba todavía, los troncos en llamas resultaban necesarios.

Me quedé solo, pensando en la maldición de los Hervilian.

Henry Mac Cabe no había sido demasiado explícito. Muertes misteriosas, cuatro o cinco, en determinadas épocas, aunque no con regularidad.

Confiaba en que Beugrid me diese más explicaciones al respecto, aunque debería intentar conseguirlo con el máximo de discreción.

Después de asearme ligeramente, me cambié de ropa. Encendí un cigarrillo y fijé la vista en uno de los cuadros que adornaban el dormitorio, en el que había representado un personaje poco agradable, con indumentaria de principios del siglo XIX. Parecía banquero o comerciante adinerado, pero tenía todo el aspecto de pirata disfrazado de persona decente. La mirada, sobre todo, era impertinente, casi maligna. Sus ojos me seguían a cualquier parte que me desplazase dentro de la estancia.

Me acerqué a uno de los ventanales, desde el que se divisaba un extenso panorama. A unos ocho o novecientos metros, divisé otra mansión entre la arboleda. Estaba habitada, porque vi salir humo de una de las chimeneas.

De pronto se abrió la puerta.

Me volví. Una chica rubia, de mediana estatura y curvas exuberantes, entró, sin fijarse de momento en mí, muy atareada con su vestido, que parecía dos números menor que el de la talla que le habría correspondido. Dio dos pasos dentro del dormitorio, con la cabeza ladeada y las manos en uno de los broches de las caderas y se volvió, enseñándome la espalda por completo.

—Por favor, Pete, ¿quieres subirme el cierre? —rogó.

Me acerqué a ella con la sonrisa en los labios.

—Será un placer, señorita —dije.

—Oh —respingó ella—. No es Pete.

—Tengo la desgracia de no serlo —contesté, mientras cerraba el vestido por la espalda—. Me llamo Anthony Timothy Dunstan Mintwose, pero puede llamarme Dunstie, señorita.

Ella se volvió y me miró maliciosamente.

—Me he equivocado de habitación —dijo—. Todas las puertas son tan parecidas... Soy Mavis Fulton y creí que era la habitación de Peter Dawson.

—No tengo el gusto de conocer al señor Dawson —confesé.

—Es pariente lejano de la dueña —aclaró Mavis.

—Y usted es amiga del pariente lejano de la dueña.

Mavis me guiñó un ojo.

—Pete es un chico muy simpático, aunque algo botarate. Usted me gusta más, Dunstie.

—No me halague, Mavis. Tengo la sensación de que Pete es un chico joven, mientras que yo ya he entrado en la madurez. ¿No ve mis sienes?

—¡Se las tiñe, para parecer más interesante! —dijo, riendo alborotadamente.

—Eh, Mavis, ¿dónde estás? —gritó alguien de repente.

Un hombre se asomó a la puerta. Era, como yo había presentido, un muchacho joven, de no más de veintitrés o veinticuatro años, resuelto y decidido en apariencia, pero con aire irreflexivo, debido, precisamente, a su juventud.

—Hola, Pete —sonrió Mavis—. Pasa, pasa; estaba hablando con el amigo Dunstie Mintwose.

—¡*Lord* Mintwose! —exclamó Dawson.

—El mismo —confirmé amablemente.

—¡Anda, es un *lord* y todo! ¡Caramba, Pete, no me dijiste que iba a codearme con los que toman el té en Buckingham Palace! —exclamó la rubia pintorescamente.

—Mavis, le aseguro que jamás he tomado el té con Su Majestad —dije muy serio—. Mi título no me exime de arrimar el hombro para ganarme la vida y eso, la verdad, deja muy poco tiempo para fiestas sociales en Buckingham Palace.

—Bueno, el caso es que es noble, ¿no? Y ¿qué hace usted aquí, Dunstie?

Dawson agarró a la parlanchina Mavis por un brazo y tiró de ella.

—Vamos, loca, deja en paz a *lord* Mintwose —gruñó—. Excúsela, por favor, *sir* Dunstan. Ah, mi prima ha dicho que si está listo puede bajar a verla a su despacho privado, en la biblioteca.

—Iré ahora mismo —prometí sonriendo.

La pareja se alejó, enzarzados en una discusión, en la que Dawson reprendía a Mavis por su falta de modales. Ella dijo que enseñando las piernas y algo más en los *music-halls* no se adquirían buenos modales para tratar con condes y otros nobles.

Me acerqué a una mesita situada junto a la ventana, donde había un cenicero, para dejar allí la colilla. Maquinalmente, miré a

través de los cristales hacia la explanada lateral, que era a donde daba mi habitación.

Había abundancia de árboles y setos. Entre uno de los setos, divisé una cara oscura, alargada y un tanto afilada. El rostro me pareció conocido, pero me extrañó más la actitud cautelosa del sujeto, que desapareció casi inmediatamente de mi vista, como si se hubiese percatado de que había sido notada su presencia en aquel lugar.

Un tanto preocupado, abandoné mi cuarto y descendí al primer piso.

* * *

Era preciso atravesar la biblioteca, muy bien provista de libros, y pasar a otra habitación situada al fondo, mucho más pequeña y de forma semicircular, en la que se hallaba la dueña de la mansión.

Beugrid estaba sentada tras una mesa, repasando unos documentos. Al darse cuenta de que era yo, se quitó las gafas que usaba para leer y me miró sonriendo.

—Le agradezco que haya venido, *sir* Dunstan —manifestó, mientras se incorporaba.

Noté que se había cambiado de ropa. Ahora vestía un sencillo traje de punto gris azul, muy ajustado a su esbelta figura y con el borde inferior de la falda a diez centímetros arriba de las rodillas. No era una minifalda, pero quedaba muy bien y se veían dos piernas preciosas.

—¿Por qué no apea el tratamiento, señorita Hervilian? —sugerí —. Me parece que, dadas las circunstancias, un exceso de ceremonias resulta casi ridículo.

—Es cuestión de opiniones —contestó ella sosegadamente—. Pero todavía no le he agradecido que aceptase mi invitación.

—Hubiera venido aunque me encontrase en las antípodas en el momento de recibirla —declaré con caluroso acento.

Beugrid se sonrojó ligeramente.

—Pone demasiada vehemencia en sus palabras, *sir* Dunstan — dijo, haciendo caso omiso de mi indicación anterior—. Pero estoy segura de que más de una vez se ha preguntado por los motivos de mi invitación.

—Eso sí es cierto —admití.

—Una vez me preguntó usted por los motivos de la maldición de los Hervilian —dijo ella con voz un tanto ausente—. ¿No le agradaría contribuir a que desapareciera?

—Pero ¿es cierto?

—Rigurosamente cierto, *sir* Dunstan.

—Señorita Hervilian, usted me parece una muchacha inteligente y cultivada. No menciono su hermosura, por no parecerle pedante, pero, dígame, una mujer de su clase, ¿cómo puede creer en semejantes supersticiones?

El pecho de Beugrid se agitó con rápidas palpitaciones.

—¿Cómo no creer en la verdad? —contestó—. ¿Cómo no creer en las muertes que se han producido en Kempdon Park, desde hace unos ciento cincuenta años y todas ellas relacionadas con la famosa maldición? Si ahora me dijeran que usted no está delante de mí, ¿podría dejar yo de creer en la realidad, en lo que estoy viendo con mis propios ojos?

—Bien, admitamos la maldición como cierta —dije—. Pero ¿qué he de hacer yo para que desaparezca?

Beugrid salió de detrás de la mesa y se dirigió a una mesita en la que había botellas y copas. Llenó dos y me ofreció una.

—*Sir* Dunstan, ¿ha oído hablar alguna vez de la *Primera Pareja*? —preguntó inesperadamente.

* * *

Durante unos segundos, reinó el silencio en la estancia.

Beugrid y yo nos mirábamos fijamente.

—Alguien me habló de esa obra de arte en Londres, hace pocos días —dije al cabo—. No pudo darme muchos detalles, porque murió asesinado.

—He leído los diarios —confesó Beugrid—. Una muerte extraña la del anticuario Mac Cabe, ¿no es cierto?

—Indudablemente, y ahora empiezo a creer que su muerte está relacionada con la *Primera Pareja*.

—Es cierto, *sir* Dunstan. Mac Cabe pretendía esa obra de arte y el que lo mató quiso, sencillamente, eliminar la competencia.

—En tal caso, no se puede hablar de maldición.

—Según se mire —dijo ella—. Mac Cabe murió precisamente porque estaba interesado en la *Primera Pareja*. Pero, dígame, ¿cómo le habló de ese asunto?

Fijé los ojos en el fondo de mi copa.

—¿Quiere conocer la verdad? —pregunté.

—Se lo ruego —pidió Beugrid.

—Mac Cabe quería que yo encontrase la *Primera Pareja* para él. Me hubiera pagado veinticinco mil libras esterlinas por el trabajo.

—¿Y hubiera venido aquí a llevársela?

—¿Es que está en Kempdon Park?

—Sí.

—¿Por qué no me la enseña, señorita Hervilian?

Beugrid lanzó un profundo suspiro.

—Eso es lo que yo también querría —dijo—. Ver el cuadro y comprobar si es cierto que se trata de una verdadera obra de arte.

—¿Cómo? —dije, en el colmo de la sorpresa—. ¿Es que no lo tiene usted a mano?

Beugrid hizo un gesto negativo.

—Hablando con franqueza, *sir* Dunstan —contestó—. Sé que la *Primera Pareja* se encuentra en Kempdon Park, pero ignoro el lugar exacto dónde está guardada y, lo que es más, no hay nadie que pueda indicármelo.

CAPÍTULO VI

Yo iba de sorpresa en sorpresa, como una inacabable carrera de obstáculos. Oír aquellas palabras fue algo que me dejó sin habla durante algunos segundos.

Beugrid me miró y sonrió.

—Por eso le invité a mi casa —continuó—. Quiero que me ayude a encontrar la obra de arte y devolverla a sus dueños. Solo así desaparecerá la maldición de los Hervilian.

Tuve un presentimiento.

—Se trata de una obra de arte robada —exclamé.

—Sí —admitió Beugrid sin pestañear—. La robó un Hervilian, hace ciento cincuenta años. Desde entonces, ha habido cuatro o cinco asesinatos en la familia. Yo quiero que se rompa esa maldición para siempre.

—El título de la obra parece indicar un cuadro de tema bíblico —dije—. Adán y Eva en el paraíso, claro.

—No —contestó ella, dándome una nueva sorpresa—. No es un cuadro y tampoco es una obra de arte, sino dos. Dos estatuas... es todo lo que puedo decirle, *sir* Dunstan.

Apuré de un trago el resto de licor de mi copa.

—Dos estatuas —murmuré—. Sin duda, debidas al cincel de algún artista famoso.

—Es probable —convino Beugrid.

—Pero usted... su padre tuvo que hablarle de esa obra de arte...

—Nunca me dijo nada y murió hace varios años, durante un viaje de negocios. Mi madre había muerto mucho antes. Se puede decir que conozco la maldición por referencias ajenas a la familia.

—Entiendo. De modo que las estatuas se encuentran en Kempdon Park, pero ignora el lugar exacto.

—Así es, *sir* Dunstan.

—Bien, y ¿cómo voy a encontrarlas yo?

Ella se acercó a la mesa y tomó un rollo de papeles, que me entregó en el acto.

—Los planos del edificio —indicó—. En alguna parte hay un escondite secreto. Yo no he sabido encontrarlo... pero creo que usted lo conseguirá.

—Tiene demasiada buena opinión de mí —dije.

—Sus actos me lo han demostrado —sonrió Beugrid.

Reflexioné unos momentos.

—Su petición implica una absoluta libertad de movimientos para mí —dije.

—En efecto, la tiene —confirmó ella.

—Haré lo que pueda, no puedo prometerle más. Una cosa, señorita Hervilian.

—Dígame, *sir* Dunstan.

—Su secuestro frustrado... ¿tiene alguna relación con la *Primera Pareja*?

—Evidentemente.

—Y también existe cierta relación con la muerte de Mac Cabe y los dos intentos de asesinato de que yo he sido objeto.

—¿Dos? —se extrañó ella.

—Sí, la víspera de la muerte de Mac Cabe un tipo intentó estrangularme en mi propia casa.

Beugrid me miró horrorizada.

—Es... increíble...

—Pero sucedió. Bien, si no le importa hoy dedicaré el resto del día al estudio de los planos. Mañana empezaré a recorrer la casa.

—Gracias, *sir* Dunstan. Tengo la seguridad de que usted conseguirá encontrar la *Primera Pareja*.

Dirigí a Beugrid una mirada de simpatía. Luego, casualmente, me fijé en la casa que se veía a través de la ventana.

—Tiene usted vecinos en el valle —dije con acento intrascendente.

—Ah, es una quinta de recreo, alquilada desde el año pasado por un tal Harramond Guilney —contestó Beugrid—. Nos hemos saludado un par de veces, pero nuestras relaciones no han profundizado en absoluto.

«Otra sorpresa», pensé.

Claro que también podía tratarse de casualidad, una simple casualidad.

* * *

Durante la cena conocí a dos invitados más. Eran Cedric Bluesant y su esposa Linda. Él era un hombre maduro, de unos cincuenta años. Ella era una vistosa pelirroja de unos treinta, voluble y de mirada ardiente, con la que me estudió penetrantemente en más de una ocasión.

Uno no es presumido, pero me fue fácil adivinar lo que había en el fondo de aquellas ardientes miradas.

Naturalmente, no había ido a Kempdon Park para sostener un devaneo amoroso.

Además, estaba Belleza. No sé si me había enamorado o no de ella, pero me hubiera parecido indecoroso cometer una incorrección en este sentido durante mi estancia en la mansión.

Bluesant era, según confesión propia, comerciante en joyas y objetos de arte. Aquel anuncio hizo aumentar mis recelos.

La cena transcurrió apaciblemente. Tomamos el café en un saloncito. Peter Dawson y Mavis Fulton estaban muy acaramelados. Yo me pregunté cómo era posible que Beugrid hubiese invitado a la pareja.

La reunión se disolvió poco más tarde. Yo subí a mi cuarto, me desvestí y, ya en la cama, di un nuevo repaso a los planos, mientras empezaba a calcular por dónde iniciar mi exploración al día siguiente.

Al cabo de un rato, sentí sueño. Bostecé aparatosamente y, sin darme cuenta, fijé la vista en el cuadro del caballero que estaba justo frente al lecho.

Los ojos del tipo me preocupaban. Parecían auténticos.

Sacudí la cabeza una y otra vez. Hubiera jurado que había unas pupilas legítimas en lugar de las pintadas.

Atraído por la curiosidad, salté de la cama y corrí hacia el cuadro. Como estaba en alto, tomé una silla para elevarme un poco. De este modo, mi cara quedaba al nivel del pecho pintado.

Entonces, dos violentos chorros de vapor brotaron de aquellos ojos, dirigiéndose hacia abajo, y me dieron de lleno en la cara.

Tosí y estornudé violentamente, mientras trataba de buscar aire puro para mis pulmones. Salté de la silla, di un par de traspiés y rodé sin conocimiento sobre la alfombra.

* * *

Desperté cuando un rayo de sol me daba en la cara. Estiré los brazos voluptuosamente, satisfecho de haber dormido toda la noche de un tirón.

De pronto, me quedé rígido.

¿Por qué estaba en la cama?

Diez minutos más tarde, Finney me informó que Beugrid se encontraba en su despacho. La dueña de Kempdon Park me miró alarmada al verme entrar en la estancia.

—¿Le ocurre algo, *sir* Dunstan? —preguntó.

—Me han robado los planos —dije.

Ella se quedó atónita.

—¿Quién? —exclamó.

—Eso es lo que me gustaría saber —respondí—. Pero venga conmigo, por favor.

Beugrid accedió, sumamente intrigada por mi actitud. Momentos después, entrábamos en mi dormitorio.

—¿Quién es el personaje retratado? —pregunté.

—Arthur Worrey Hervilian —contestó ella—. El primer habitante de Kempdon Park, aunque la mansión es mucho más antigua.

—Un antepasado suyo.

—Sí, en efecto. Murió en 1842 y fue un infatigable viajero y explorador, que recorrió infinidad de países.

—Ahora me parece haber oído algo de él —murmuré—. ¿Se ha fijado en los ojos del cuadro?

—¿Qué tienen de extraño, *sir* Dunstan? —preguntó Beugrid.

Lancé una risita irónica.

—Son los primeros ojos que veo capaces de lanzar chorros de gas narcótico —respondí.

—¿Cómo?

Agarré de nuevo la misma silla y me subí a ella. Luego descolgué el cuadro, a decir verdad bastante pesado a causa del marco.

La pared aparecía desnuda y limpia en el lugar ocupado hasta entonces por el cuadro. Pero yo no me fiaba en absoluto y di unos golpecitos con los nudillos.

El sonido indicó un hueco tras el muro empapelado. Desde

arriba, miré a Beugrid, que aparecía invadida por un asombro total.

—Jamás hubiera creído en la existencia de un hueco tras el cuadro —declaró.

—Los vapores narcóticos no pasan a través de los cuerpos opacos —dije sarcásticamente, mientras tanteaba el muro con las yemas de los dedos.

Súbitamente, se oyó un fuerte chasquido y un lienzo del muro giró a un lado, dejando ver un negro hueco, del tamaño aproximado del cuadro, cuya base se hallaba a un metro del suelo.

Beugrid lanzó una exclamación de asombro.

Yo me volví hacia ella.

—¿Se atrevería a explorar el pasadizo secreto? —pregunté.

* * *

Beugrid no era una muchacha timorata en modo alguno. Lo primero que hizo fue procurarse una linterna.

Momentos después, nos encontrábamos en el interior del pasadizo, del que arrancaba una escalera en caracol que se hundía en las profundidades del edificio. A diez metros por debajo del nivel de mi dormitorio, el suelo se hizo horizontal.

Avanzamos cautelosamente. El final del pasadizo resultaba invisible.

De pronto, noté que el suelo cedía ligeramente bajo mi pie. El instinto me hizo retroceder con cierta violencia.

—¡Atrás, atrás! —exclamé.

Algo descendió fragorosamente de lo alto y llegó hasta el suelo con notable estruendo. Beugrid y yo nos quedamos helados de pavor, mientras contemplábamos aquel terrorífico aparato elevarse de nuevo hacia el techo del pasadizo.

Era una especie de reja horizontal, de poco más de un metro de lado, compuesta por una docena de barrotes cruzados en ambos sentidos. En cada intersección había una afilada punta de hierro, de treinta centímetros de longitud.

En total, había unos ciento cuarenta puñales, sujetos a la reja, de notable pesadumbre. Cualquiera que hubiera pasado por debajo en el momento de su caída, habría sido derribado primero por el simple peso del artefacto y luego atravesado por las puntas de

hierro.

Beugrid estaba aterrada.

—¿De dónde ha salido esa máquina diabólica? —preguntó, con voz temblorosa.

—Espere un momento —dije, enfocando el techo con el haz de rayos de la linterna—. Recuerdo que el suelo cedió un poco cuando yo iba a pisar un poco más adelante, y eso me hizo entrar en sospechas.

Adelanté el pie derecho con suavidad y pisé una de las losas de piedra muy despacio. Una gran trampilla se abrió en el techo y el mortífero enrejado descendió con moderada velocidad, hasta que las puntas quedaron a menos de medio centímetro del suelo.

—Creo que comprendo el funcionamiento de la trampa —dije—. Cómo puede apreciar, Beugrid, ahora, mientras sigo haciendo presión con el pie en esta losa, el enrejado se mantiene pegado al suelo. Una persona que avance normalmente por el pasadizo, pisará la losa y dará un paso más, justo para quedar bajo el punto de impacto del artefacto. ¿Lo entiende ahora?

—Sí —contestó ella.

Levanté el pie de golpe y el enrejado ascendió rápidamente, ocultándose tras la trampilla, que se cerró de un modo automático.

Volví a pisar la losa y el infernal aparato descendió una vez más.

—Ya no cabe la menor duda —dije, volviéndome hacia ella—. Escuche, Beugrid, yo voy a saltar. Usted permanezca aquí hasta que yo se lo indique, ¿estamos?

—De acuerdo, Dunstan.

Por tercera vez se ocultó el enrejado. Tomé impulso y salté a metro y medio de distancia de la losa fatídica.

Esta vez no sucedió nada. Me volví hacia ella y le hice un gesto con la mano.

—Venga, Beugrid.

La muchacha saltó sin inconvenientes. De un modo maquinal, se agarró a mi brazo, como para sentirse más segura.

—Dunstan, le aseguro que no tenía la menor idea de la existencia de ese pasadizo secreto —dijo, en el momento de reanudar la marcha.

—¿No se lo dijo nunca su padre?

—¿Lo conocía él, acaso?

—Tiene razón —convine—. Es posible que él mismo ignorase la existencia del pasadizo.

—Dunstan, ¿para qué lo construyeron? —quiso saber Beugrid.

—Kempdon Park es una mansión muy antigua y la historia de Escocia está llena de hechos turbulentos. Quizá el primitivo dueño de la mansión creyó conveniente hacer construir este pasadizo para caso de una retirada estratégica.

—¿Con la trampa, Dunstan?

—Beugrid, si el primer dueño de Kempdon Park hizo o no montar la trampa, es algo que ignoro. Lo que sí puedo decirle es que parece situada exprofeso para proteger la *Primera Pareja* de... manos codiciosas.

CAPÍTULO VII

El pasadizo se ensanchó de pronto, formando una pequeña rotonda circular, de cuya bóveda caían intermitentemente algunas gotas de agua.

—Estamos bajo uno de los surtidores —dijo Beugrid—. El otro tiene que estar a unos veinticinco metros de distancia.

—Será mejor que continuemos —propuse.

Reanudamos la marcha. Hacía frío y la humedad era enorme en el subterráneo, cuya profundidad calculé en unos doce o catorce metros, bajo el nivel del pavimento de la explanada. Poco más adelante, encontramos la otra rotonda.

El túnel continuaba todavía unos treinta metros más, al cabo de los cuales divisamos una escalera de peldaños de piedra en sentido ascendente. Subimos unos cuantos escalones y, de pronto, oímos un rumor de voces.

Hice un gesto con la mano. Apagué la linterna y pude ver un débil resplandor de luz diurna sobre nuestras cabezas.

Beugrid y yo guardamos silencio absoluto. Subimos una docena de escalones y pudimos percibir claramente los sonidos de la conversación.

Las voces eran fáciles de reconocer. Pertenecían a Bluesant y a su esposa.

—No hay ni rastro de la *Primera Pareja* —decía ella—. Cedric, me parece que estamos perdiendo el tiempo en Kempdon Park.

—Ten un poco de paciencia, Linda —dijo él—. La joya está aquí, de modo que no nos queda otro remedio que aguardar.

—Aguardar, ¿a qué? Beugrid no te la va a entregar de grado y si se habla de dinero, en todo el Banco de Inglaterra no hay suficiente para pagarla. O la encontramos nosotros por las buenas o ya podemos despedirnos de ella.

—Eres muy impaciente, Linda —se quejó el hombre—. No olvides que tenemos un buen ayudante.

Me pareció que ella hacía un gesto de desprecio.

—Es un tonto —refunfuñó—. No tiene dos dedos de frente.

—El chico engaña —rio Bluesant—. Sabe hacer muy bien el papel de botarate sin seso, Linda. Y si no, ¿por qué te crees que se ha traído como acompañante a la corista? Conociendo a Beugrid Hervilian, una persona normal no hubiera invitado a Mavis Fulton, ¿verdad?

—Pero él la invitó.

—Precisamente por eso mismo, para dar la sensación de que carece de inteligencia. Pero no es tonto, ni mucho menos, créeme.

—Está bien, tú sabes lo que te haces. Con tal de que ella no llegue a sospechar...

—Recuerda, estamos aquí para ver algunos de los objetos de arte que contiene Kempdon Park. Las finanzas de Beugrid no andan muy boyantes y necesita desprenderse de unas cuantas obras de arte. Pero nosotros tenemos que estudiar antes cuáles nos conviene adquirir. ¿Entendido?

Linda Bluesant suspiró.

—Entendido —respondió—. Pero aquí, en este banco, me estoy quedando fría. Anda, vamos a dar un paseo.

—Como quieras, preciosa.

Los Bluesant se alejaron. Yo terminé de subir la escalera y pude ver unos orificios de forma circular, de una pulgada de diámetro, situados en el techo, que era suelo por el otro lado. Encima de aquellos agujeros había un gran banco de piedra.

Regresé junto a Beugrid.

—Creo que hemos oído una conversación muy interesante —dije.

Entraba algo de luz por los respiraderos, que el asiento del mismo banco debía de hacer prácticamente invisibles desde el exterior. Me pareció que Belleza estaba bastante alterada.

—Sí —concordó—, sobre todo, en el punto concerniente a mi situación económica.

* * *

Puse una mano sobre su brazo.

—Beugrid, tener falta de dinero no es ningún pecado —hablé con acento persuasivo—. ¿Es cierto lo que han dicho los Bluesant

sobre la compra de algunos objetos de arte de Kempdon Park?

—Sí, desde luego. Necesito dinero y he de desprenderme de algunas cosas —admitió ella, ya más serena.

—En Londres vi un cuadro de Turner, en su casa.

—Por ahora, lo conservaré, Dunstan.

—Pero usted quiere encontrar la *Primera Pareja*.

—Vale una fortuna.

—Y ello resolvería sus problemas.

—Figúrese, Dunstan.

Hice un gesto de asentimiento.

—La ayudaré —dije—. Pero ¿qué me cuenta de su primo Peter Dawson?

—Me siento tan asombrada como usted —confesó Beugrid—. Jamás creí que fuese así, Dunstan.

—Desempeña bien su papel, Bluesant tiene razón —murmuré—. ¿Le invitó usted?

—En realidad, hace algún tiempo manifestó deseos de venir a Kempdon Park. Nos encontramos hace pocos días en Londres y volvió a repetirlo. Entonces le dije que podía venir, si tanto interés tenía en pasar aquí algunos días.

—¿Le mencionó a la corista?

—Habló que traería a una amiga, sin dar más detalles.

—Sí, Mavis Fulton es la clase de chica que un supuesto botarate traería a esta casa —dije pensativamente—. Pero, a pesar de todo, me parece que ella tiene aún más seso que Peter.

Miré de soslayo a la joven.

—No tiene usted un primo muy amante de la solidaridad familiar —comenté.

—Bien mirado, es solo un pariente lejano, con el cual he tenido muy poco trato. Prácticamente, se puede decir que ni siquiera pertenece a la familia.

—Pero él se ufana de ello.

Beugrid se encogió de hombros.

—No lo puedo evitar —respondió.

—Está bien —dije—. Regresemos.

Emprendimos la vuelta.

—Es indudable que la salida del pasadizo está en el banco de piedra —dije, mientras caminábamos hacia la primera rotonda—. El

problema está ahora en hacer funcionar esa salida.

—No creo que tenga mucha importancia, Dunstan.

—La tiene. Y si no, ¿por dónde fue y por dónde escapó el tipo que me robó los planos de Kempdon Park, después de arrojarme gas narcótico a la cara?

Beugrid se quedó callada. Yo iba un poco por delante de ella, tanteando cuidadosamente el terreno con el pie.

De pronto, noté que cedía una de las losas.

—Cuidado, Beugrid.

Ella y yo nos detuvimos inmediatamente. Pisé con todo cuidado, aunque acentuando gradualmente la presión.

Se oyó un ruido extraño, mezcla de chasquidos y silbidos. Doce lanzas de afilada punta, seis por cada lado de la pared, aparecieron con tremenda fuerza, entrecruzándose en su trayectoria, hasta cerrar el paso por completo.

Las lanzas ocupaban todo el paso, desde la altura del pecho de una persona, hasta los muslos, y tenían una alineación en zigzag vertical.

—Otra trampa mortal —suspiré.

Una de las lanzas rozaba mi pecho. Retiré el pie y las lanzas se escondieron en la pared.

—¿Qué le parece, Beugrid? —me volví hacia ella.

—Es terrible —dijo—. Jamás pude suponer que Kempdon Park pudiera albergar semejantes trampas mortales.

—Quizá el primer Hervilian las instaló para proteger a la *Primera Pareja* —sugerí—. Volveré otro momento y señalaré con tiza las losas que accionan las trampas.

—Y estudiará la forma de mover el banco.

—Eso se da por descontado —contesté—. Pero antes de hacer nada, interrogaré a una persona.

* * *

El interrogatorio fue dirigido a Finney, el mayordomo, y no dio todos los resultados apetecidos.

—¿Un pasadizo secreto? —repitió, cuando le hube formulado la primera pregunta sobre el asunto—. Lo ignoraba por completo, *milord*.

—¿Cuánto tiempo lleva usted al servicio de la señorita Hervilian, Finney?

—Un par de años, aproximadamente, *milord*. He estado muy pocas veces en Kempdon Park, a decir verdad. La señorita no gusta de venir mucho por aquí.

—Eso significa que no conoció usted al señor Hervilian.

—Así es, *milord*. Me contrató ella directamente, claro que por mediación de mi agencia.

—Entiendo.

—Pero si desea saber más detalles, ¿por qué no pregunta a Barney Cole, señor?

Levanté las cejas.

—¿Quién es ese Cole, Finney? —pregunté.

—El anterior mayordomo. Yo le relevé aquí, precisamente. Ahora está retirado y tiene una taberna en Eccleston.

Hice un pensativo gesto de asentimiento.

—Tomaré en cuenta su sugerencia, Finney, muchas gracias —contesté.

—Cole estuvo al servicio del señor Hervilian más de veinte años. Imagino que él debe de conocer muchas cosas de Kempdon Park.

—Es muy posible, en efecto. ¿No le mencionó nada del subterráneo?

—No, *milord*. Prácticamente, apenas si me hizo algunas indicaciones. Estaba deseando abandonar Kempdon Park, a consecuencia de lo ocurrido pocos días antes.

—¿Qué había ocurrido, Finney?

—Un asesinato, *milord*. Murió el señor Harold Sturmer, prometido de la señorita. Alguien le pegó un tiro en el bosque.

«Otra víctima de la maldición de los Hervilian», pensé.

—Está bien, Finney, muchas gracias —le despedí, con una sonrisa de circunstancias.

Me quedé solo en la biblioteca, que era donde había hablado con el mayordomo. Curioso, pensé; Belleza había tenido un prometido.

No era extraño, dada su hermosura. Lo que sí resultaba extraño es que hubiese callado el trágico suceso.

¿Quizá porque era una muerte que podía achacarse a la maldición de los Hervilian?

La puerta de la biblioteca se abrió de pronto y Mavis Fulton

entró como un torbellino.

—Ah, es usted, Dunstie —exclamó jovialmente—. Creí que Pete estaría aquí.

—¿Le desagrada el encuentro? —pregunté, sonriendo.

Mavis avanzó ondulantemente hacia mí y se apoyó en la gran mesa de lectura.

—He salido ganando —dijo, dirigiéndome una tórrida mirada.

CAPÍTULO VIII

La postura que había adoptado Mavis era la de una mujer conocedora de su físico y que trataba de hacerlo resaltar. Se ahuecó el pelo con una mano, poniendo en el gesto toda su coquetería, que no era poca.

—¿De veras cree que ha ganado al encontrarse conmigo? —inquirí.

—Pete es un buen chico, pero tiene la sesera vacía. Demasiado joven, ¿comprende?

—Ya. Usted es su abuelita.

Mavis lanzó una sonora carcajada, muy forzada, desde luego.

—No, pero la mujer siempre tiene más años que el hombre, aunque ambos sean de la misma edad. Usted me entiende, ¿no?

—Demasiado, Mavis.

—Usted es muy distinto —ella se me acercó un paso y empezó a juguetear con uno de los botones de mi chaleco—. Tan interesante... y tan famoso también. Pete me ha dicho que es usted un tipo célebre.

—Moderadamente famoso, nada más, Mavis. Nadie me asalta para arrancar trozos de mi ropa ni para pedirme autógrafos. Mi fama es de otro género.

Ella entornó los ojos.

—Usted sí que es de otro género... y lo digo en el mejor sentido de la palabra —murmuró.

—Mavis, usted tiene una opinión demasiado buena de mí. ¿Puedo hacerle algunas preguntas?

—Claro. Ande, dispare, Dunstie.

—Pete la invitó a pasar unos días aquí. ¿Le dio algún motivo especial?

—No, por supuesto. Solo dijo que me gustaría estar durante un tiempo en este sitio.

—Y usted aceptó.

Ella hizo un encogimiento de hombros.

—¿Por qué no? Siempre resulta interesante conocer otros lugares —respondió.

—¿Y su trabajo?

—El dueño me aprecia y conseguí una semana de vacaciones sin grandes dificultades.

—Entiendo. Mavis, ¿no le ha hablado Pete de otra clase de motivos, particularmente suyos, para venir a Kempdon Park?

—¿Qué clase de motivos, Dunstie?

—Oh, pues... no sé cómo decirlo. ¿En qué trabaja él? ¿Lo sabe usted?

—Está en la oficina de una tienda de objetos de arte, pero no me dijo más.

—Ganará poco dinero, ¿no cree?

—No me cubre de oro, si es eso lo que quiere decir —rio Mavis —. Pero ahora que recuerdo... Le he oído decir un par de veces que está en vísperas de un gran negocio, en el que podrá ganar mucho dinero. No me ha dado más detalles, Dunstie, aunque, si quiere, se lo preguntaré...

—No hace falta, Mavis, es suficiente —contesté—. ¿Sabe si él conocía a los Bluesant?

—Nunca me habló de ellos, desde luego.

Dirigí una sonrisa a la corista.

—Gracias, Mavis, ha sido muy amable —dije.

—¿Se trata de algo malo, Dunstie? —preguntó ella, vagamente alarmada.

—Nada de particular, no se preocupe.

—Bueno, el caso es que lo estoy pasando muy bien —dijo Mavis con jovial acento—. Ah, y cuando vuelva a Londres, no deje de ir al Royal Castle —me guiñó un ojo—. Interpretaré mi número especialmente para usted.

—Le aseguro que iré a verla, Mavis —prometí solemnemente.

La corista se alejó dando saltitos. Sí, Peter Dawson era mucho menos tonto de lo que aparentaba, al menos en ciertos aspectos. Había tenido una buena idea al traer como acompañante a una mujer que, a la fuerza, tenía que desentonar en un ambiente como el de Kempdon Park.

Eso solo lo hubiera hecho un sujeto sin sentido de la discreción y, justamente, era lo que Peter Dawson trataba de aparentar.

* * *

Yo estaba sentado frente al cuadro, cuando, de pronto, llamaron a la puerta.

—¡Adelante!

Beugrid entró en el dormitorio.

—¿Qué hace ahí, Dunstan? —preguntó, extrañada.

—Esperar —contesté—. Cierre, por favor.

—Esperar, ¿a qué? ¿Puedo saberlo?

—Es probable que traten de devolver los planos —dije—. Entonces, quiero estar despierto para sorprender al ladrón.

—Ah, entiendo. Me intrigó que se viniese al dormitorio, sin hacer la sobremesa después de la cena.

—No quería que el ladrón entrase en mi ausencia. Tengo ganas de hablar con él. Mañana hablaré con Barney Cole.

—¿El viejo mayordomo? ¿Por qué, Dunstan?

—Bueno, Finney no sabe nada del pasadizo secreto y Cole estuvo en la casa más de veinte años. Resultará interesante conversar con él sobre el tema.

—¿Cree que conseguirá algo?

—Muy posible. También cabe que me hable de la muerte de Harold Sturmer.

Beugrid guardó silencio súbitamente.

Había una sola lámpara encendida en el dormitorio, con lo que la pieza estaba sumida en la penumbra. A pesar de todo, pude ver la alteración que había aparecido súbitamente en las bellas facciones de la muchacha.

—¿Quién se lo ha dicho? —preguntó.

—Finney. Cole se marchó a raíz del asesinato.

—Es cierto —admitió ella con voz sorda.

—¿Quién lo mató?

—No lo sé. No me haga preguntas, por favor —dijo Beugrid crispadamente.

—Si quiere que la ayude, haré preguntas y usted me las contestará —declaré con firme acento—. ¿Quién mató a Sturmer?

—El veredicto del jurado de Eccleston fue de muerte accidental, hecha por un cazador, al cual se exculpó del hecho. El cazador dijo que creyó haber tirado contra un ciervo, lo cual fue creído sin

dificultades.

—¿Quién fue el autor del disparo?

—Harramond Guilney.

«De nuevo la sorpresa», pensé.

—Y usted achaca la muerte, además del disparo, naturalmente, a la maldición de los Hervilian.

—Sí.

—¿Cómo es posible que crea usted en semejante superstición, Beugrid?

Ella le dirigió una profunda mirada.

—¿Quiere una respuesta sincera, Dunstan?

—La exijo, Beugrid.

—Está bien. Harold...

De repente, levanté la mano y me llevé el índice a los labios, imponiéndole silencio. Ella me miró inquieta.

Yo me puse en pie y salté hacia el cuadro. En la mano tenía ya un frasco con agua de colonia, al que le había quitado el tapón.

Arrojé el contenido del frasco hacia los ojos del cuadro. Al otro lado de la tela se oyó un rugido de dolor.

Beugrid lanzó un grito de asombro.

* * *

Tiré del cuadro, lanzándolo desconsideradamente a un lado. En el hueco de entrada al pasadizo, divisé a un hombre que se frotaba los ojos con desesperación.

El alcohol del agua de colonia debía escocerle mucho. Yo alargué una mano y tiré de una de sus pantorrillas.

—Vamos, salte —dije.

El tipo me disparó un tremendo puntapié. Mi suerte fue que solo me alcanzó en el hombro, aunque fue más que suficiente para lanzarme de espaldas al suelo.

Luego, dio media vuelta y echó a correr.

Beugrid gritaba. Yo solté un bufido:

—¡Cállese!

Y salté al hueco, olvidado del dolor de mi hombro.

El hombre corría por el pasadizo, con andares inseguros, debido a que todavía no había recobrado la vista por completo. De súbito,

le vi tambalearse.

Al mismo tiempo escuché un horrible sonido. La compuerta del techo se abrió y el mortífero enrejado descendió a toda velocidad, derribándole al suelo.

Un espeluznante alarido brotó de sus labios al sentir su cuerpo perforado por una veintena de aquellos terribles aguijones. El peso del aparato lo aplastó un instante contra el suelo.

Después ocurrió algo horrible.

El enrejado, una vez cesó la presión sobre la baldosa que accionaba el mecanismo, empezó a ascender hacia su escondite, pero lo hacía mucho más despacio que de ordinario, debido a que arrastraba, enganchado en las puntas, el cuerpo del individuo. De pronto, el peso del hombre le hizo soltarse.

Escuché un nuevo sonido, un espantoso golpe contra las losas. La compuerta se cerró, ocultando el enrejado con sus pinchos que goteaban sangre.

La luz de una linterna cayó sobre el lugar.

—¡No se acerque, Beugrid! —grité.

Ella, sin embargo, vio el cuerpo tendido en el suelo. Un gemido de horror se escapó de sus labios.

Traté de recobrarme de la sorpresa y retrocedí para apoderarme de la linterna. Regresé junto al caído y le di la vuelta.

La cara del sujeto me pareció conocida.

De pronto, la recordé. Era Hossie, uno de los frustrados secuestradores de Beugrid en Londres.

Estaba muerto. Dos de los pinchos le habían traspasado el cráneo y otros tantos, por lo menos, le habían destrozado la columna vertebral, sin hablar de otras perforaciones en distintas partes del cuerpo. No había quien sobreviviera a tales heridas.

Volví junto a Beugrid.

—Será mejor que regresemos —propuse.

Ella asintió en silencio. Al llegar al hueco, recogí los planos caídos en el suelo.

Entramos de nuevo en la habitación. El cuadro estaba caído boca abajo y lo levanté para colocarlo en su sitio.

En la parte posterior, tenía un trozo cuadrado de tela, pegado linealmente por el lado superior. En este trozo de tela, estaban pegados dos ojos pintados, de tela, del mismo grosor de la del

cuadro, de modo que, cuando el parche permanecía bajado, los ojos quedaban a igual nivel que la cara. Un sencillo pero ingenioso ardid, que permitía espiar desde el reverso del cuadro sin ser visto.

Beugrid se había desplomado sobre un sillón. Fui a la mesita de los licores y llené dos copas.

—Creo que nos conviene —dije.

Ella asintió. Estaba muy pálida.

—Ese hombre vino solo a devolver los planos —dijo.

—Por supuesto. Yo ya me lo imaginaba.

—Pero... tendrían que suponer que usted lo advertiría.

—O quizá creyeron que el narcótico provocaría en mí una ligera amnesia, como para no recordar el chorro de vapor dirigido a mis ojos.

—Eso no es lógico, Dunstan —exclamó ella—. Han devuelto los planos con pleno conocimiento de causa. Saben que usted notó la falta; no pueden creer en una amnesia momentánea.

Los argumentos de Beugrid me parecieron convincentes. Intrigado, me pregunté por qué devolvían algo que podían haberse quedado perfectamente.

Ella se había recuperado y se incorporó.

—¿Dónde están los planos? —preguntó.

—Aquí —respondí, tendiéndoselos.

Beugrid extendió el primer rollo. Apenas lo había hecho, dijo:

—¡Dunstan, este plano no es el original!

Aquella afirmación hizo que me sobresaltase.

—¿Está segura, Beugrid? —pregunté.

—Absolutamente, Dunstan. El papel es nuevo y carece del tono amarillento por los años que tenían los otros planos. No era muy acentuado, pero se notaba claramente.

Beugrid y yo nos miramos en silencio.

—¿Por qué han cambiado los planos? —preguntó ella, pasados algunos segundos.

—Por dos razones —contesté.

—Dígalas, Dunstan.

—La primera, disponer ellos del original sin límite de tiempo. La segunda razón es que han debido de alterar en la copia algún sector del plano, lo que, indudablemente, nos conducirá a nosotros al error.

CAPÍTULO IX

Beugrid juzgó oportuno, a la mañana siguiente, usar su automóvil para dirigirnos a Eccleston.

La idea me pareció excelente en principio. Los impactos de las balas, disparadas por el misterioso tirador, el día de mi llegada, resultaban demasiado llamativos.

Beugrid vestía sencillamente, con una especie de chaqueta liviana de piel, falda corta y un pañuelo de gasa de vivos colores enrollado al esbelto cuello. Después del desayuno, que ambos hicimos en nuestras respectivas habitaciones, nos reunimos ante la portalada de la fachada principal y partimos hacia Eccleston.

Ella misma conducía. Apenas hubimos franqueado los límites del parque, señalados por una tapia casi simbólica, Beugrid dijo:

—Dunstan, debo decirle que apenas he podido dormir en toda la noche.

—Me lo imagino —contesté—. Pero quizá ni siquiera esos pocos minutos hubiera podido dormir, de haber sabido lo que pasó después.

—¿Qué sucedió? —preguntó ella, intrigada.

—Bien, cuando usted se marchó de mi dormitorio, yo estuve repasando los planos un rato, tratando de recordar en mi memoria las posibles diferencias entre el original y la falsificación. Debió de pasar media hora más o menos y luego, de pronto, me acordé del cadáver de Hossie.

Ella se estremeció.

—Está allí todavía —exclamó.

—No. Cuando yo volví, ya no estaba.

Las manos de Beugrid se crisparon sobre el volante.

—Dunstan, ¿por qué hacen todo esto? —preguntó con voz sorda.

—La *Primera Pareja* —dije escuetamente.

—Sí —concordó ella—. Esas dos estatuas tienen la culpa de todo.

Llegamos al puente y lo cruzamos sin novedad. Yo tenía los ojos

bien abiertos en todo momento; no podía olvidar la ráfaga de ametralladora con que me habían dado la bienvenida a la comarca.

—Dunstan —habló ella de nuevo al cabo de unos momentos.

—¿Sí, Beugrid?

—Hablamos de los otros en plural. Decimos «ellos», pero ¿es una mención correcta?

—¿Por qué no? Que hay más de uno interesado en el asunto, está fuera de toda duda —contesté.

—Si contamos a los Bluesant...

—No, no me refería a ellos. Están dentro del juego, pero no como figuras principales. Hay otra persona que mueve los hilos, un individuo, con sus cómplices, al cual no le importa recurrir a los medios más violentos para conseguir su objetivo.

—Sí, creo que estoy de acuerdo con usted.

—Beugrid, ¿puedo hacerle una pregunta? —dije de pronto.

—Por supuesto, Dunstan.

—Es... referente a su prometido, Harold Sturmer.

Ella se envaró ligeramente.

—¿Cree necesario mencionarlo? —preguntó.

—¿Buscaba él también las dos estatuas?

Beugrid guardó silencio.

—¿No me contesta? —insistí.

—Recibí una terrible decepción —dijo ella por fin.

—¿En qué sentido?

—Resultó que a Harold le interesaban solamente las estatuas.

—Ah —murmuré—. Entiendo.

De pronto, solté una carcajada. Extrañada, ella me miró un instante.

—¿De qué se ríe, Dunstan? —inquirió.

—¿Quiere la verdad, Beugrid?

—Se lo ruego.

—Pues bien, permítame que le diga que Harold era un tonto.

—¿Cómo?

—¡Claro, mujer! Se necesita ser estúpido para preferir unas estatuas a la muchacha más hermosa del mundo.

—Oh... —dijo ella, poniéndose colorada.

La miré de reojo. Pese a todo, mis palabras la habían halagado, porque sonreía ligeramente.

Me gustó. Aquella sonrisa transformaba de un modo radical su expresión. Beugrid debía de aparecer maravillosa cuando perdiera aquel continuo aire de tristeza que flotaba en su semblante.

Eccleston apareció de pronto ante nuestros ojos.

—Iremos directamente a la taberna del viejo mayordomo —indicó Beugrid, en lo cual me mostré completamente de acuerdo.

La aldea consistía en una larga calle central, no muy recta, aunque sí bastante ancha, sin agobios para la circulación, aunque, en aquellos momentos, era nuestro coche el único que se movía.

De repente, escuché detrás de nosotros el rugido de un automóvil de poderoso motor, lanzado a toda velocidad.

—¡Agáchese, Beugrid! —grité, presintiendo la inminencia del peligro.

* * *

El otro coche pasó por nuestra derecha a una velocidad incompatible con las limitaciones establecidas legalmente para el interior de la población. Vagamente descubrí en su interior a un sujeto agazapado tras el volante, con un sombrero oscuro encasquetado hasta los ojos, los cuales, a su vez, estaban ocultos tras unas grandes gafas ahumadas.

El conductor llevaba las manos enguantadas y subido el cuello del abrigo, de modo que era imposible verle la cara. Después de pasarnos, aminoró la marcha ligeramente y luego, de súbito, pisó el acelerador a fondo.

Levanté la cabeza. Un hombre cruzaba la calle en aquel momento.

Grité.

El hombre volvió la vista. Con ojos aterrados, contempló el vehículo que se le arrojaba encima a toda marcha.

Dio un paso hacia adelante, evidentemente tratando de escapar. Un hombre, en la acera, tendió la mano hacia él, como para ayudarle.

Era ya tarde.

El coche alcanzó al individuo y le golpeó en el costado izquierdo, haciéndolo volar por los aires. El ruido del golpe me puso frío en la espalda.

La víctima salió despedida contra la pared de una casa. Su cráneo chocó contra el muro y cayó al suelo, en donde quedó completamente inmóvil.

Se oyeron gritos de terror. El bramido del motor ahogó por un instante los otros sonidos.

Luego, corriendo como una exhalación, el coche causante del atropello desapareció de nuestra vista.

La gente corrió hacia el lugar del suceso. Beugrid, muy pálida, consiguió frenar sin más inconvenientes.

Un hombre pasó corriendo por nuestro lado.

—No hay nada que hacer —gritó—. El viejo Cole ha muerto.

Apreté las mandíbulas con fuerza. Beugrid lanzó un hondo gemido.

Los dos pensábamos lo mismo. Yo abrí la portezuela y salté al suelo.

—Espere aquí —indiqué.

Un numeroso grupo de personas rodeaba al ensangrentado cuerpo que yacía al pie del edificio contra el que había chocado, tras el golpe del automóvil. Uno de los curiosos me miró. Yo le reconocí en el acto.

Era Harramond Guilney.

El médico llegó a los pocos instantes.

—Ha muerto —diagnosticó con rapidez.

Se oyeron lamentos. Guilney se separó de la muchedumbre.

—Un lastimoso accidente, *sir* Dunstan —calificó.

—En efecto —convine cortésmente. Hubiera podido añadir: «Muy oportuno», pero preferí abstenerme del comentario.

Guilney meneó la cabeza.

—Yo estaba en la puerta de su taberna y le avisé a gritos, pero el pobre Cole era un poco sordo y no me oyó ni se dio cuenta de que el coche se le arrojaba encima, hasta que fue demasiado tarde. Estoy muy impresionado, créame.

—Es lógico, señor Guilney. Un accidente de esta clase es siempre muy desagradable.

—Hay locos del volante a los que se les debería encerrar para toda la vida en la cárcel —dijo Guilney furiosamente.

—Espero que lo atrapen —deseé.

—El único agente de policía de Eccleston ya ha dado aviso

telefónico a las patrullas de carretera. No podrá ir muy lejos, y, además, tampoco podrá esconder las huellas del golpe. Por lo menos, uno de los faros se rompió con el impacto contra el cuerpo del pobre Cole.

Había bastantes cristales en el suelo, efectivamente. Pero a mí me parecía que el conductor, realmente un asesino, habría medido ya todo bien para escapar a la acción de la justicia.

—¿Está usted pasando unos días en Kempdon Park, *sir* Dunstan? —dijo Guilney.

—En efecto, así es —admití.

—Mi quinta, Valley House, está a menos de mil metros —sonrió el individuo amablemente—. Para mí sería un placer recibirle en cualquier momento, *sir* Dunstan.

—Muchas gracias, señor Guilney. Lo tendré en cuenta.

—He leído algunos de sus libros de viajes. Los encuentro fascinantes.

—Bien, procuro reflejar solamente lo que he visto en mis expediciones —contesté sonriendo.

—A mí también me gustaría viajar por países exóticos, pero soy muy perezoso. Claro que también es cuestión de edad.

—Sí, probablemente.

—He oído decir que en Kempdon Park hay valiosas obras de arte. Yo me intereso por el arte en general. Puesto que usted es amigo de la señorita Hervilian, me gustaría que intercediese cerca de ella para que me permitiera visitar su mansión.

—Se lo comunicaré así —prometí.

—Quizá podría adquirir alguna de las obras de arte que ella tiene a la venta.

—¿Cómo lo sabe usted? —pregunté.

Guilney sonrió blandamente.

—Los buenos aficionados al arte, aunque sea inmodestia confesarlo, tenemos siempre una excelente información acerca de las personas particulares que necesitan desprenderse de los objetos artísticos que poseen —contestó.

Era una explicación perfectamente lógica.

—Se lo pediré a ella —repetí. Y luego, tras despedirme del enigmático individuo, emprendí el regreso hacia donde Beugrid me aguardaba con el coche.

Mientras caminaba, pasé por delante de un *pub*. Había un individuo mirando a través de los cristales, el cual se retiró vivamente al verme.

El hecho me produjo curiosidad, porque no era la primera vez que veía aquella cara morena y afilada.

—Volvamos a Kempdon Park —propuse.

Un tanto preocupado porque el extranjero parecía rehuirme, llegué junto al automóvil.

Beugrid asintió. Puso en marcha el motor, maniobró para dar la vuelta y arrancó en dirección a su casa.

—¿Ha conseguido algo, Dunstan? —preguntó, cuando ya salíamos de la aldea.

—A decir verdad, nada —contesté desanimadamente—. Si Barney Cole conocía algún secreto respecto de Kempdon Park, se lo ha llevado consigo al otro mundo.

CAPÍTULO X

—Una muerte muy oportuna, ¿no cree? —dijo Beugrid, después de una corta pausa de silencio.

—Sobre todo, por el hecho de que Cole estaba en aquellos momentos fuera de la taberna, cosa que no parece demasiado lógica —observé.

Ella asintió. Yo encendí un cigarrillo. Después de expulsar el humo, dije:

—Me han invitado a Valley House, Beugrid.

—¿Guilney? —se sorprendió ella.

—Sí. Ha dicho que tendría mucho gusto en verme por allí.

—¿Piensa ir?

—No lo he decidido todavía. Guilney me ha dicho, además, que le gustaría ser invitado a Kempdon Park.

—¿Para qué? —exclamó Beugrid.

—Es un aficionado al arte y quizá querría comprar algunas de las cosas que usted tiene en venta.

—Ah —murmuró ella pensativamente—. Bueno, dígale que puede venir cuando le apetezca.

—Así lo haré.

Un coche nos pasó en aquellos momentos. Era grande, negro, y en el departamento posterior viajaban dos personas, cuyas caras no pude ver, debido a que estaban corridas las cortinillas. Una de ellas, sin embargo, me pareció Harramond Guilney.

Poco después, cruzamos el puente sobre el Fotherhyne. A los trescientos metros, y ya en pleno bosque, el coche empezó a dar bandazos, después de dos o tres inconfundibles explosiones.

Beugrid gritó, aunque pudo dominar el vehículo. Yo adiviné en el acto la emboscada.

—Han puesto tachuelas en la carretera —dije—. Ocúltese, Beugrid.

Ella obedeció, temblando de pavor. Los dos nos agachamos en el asiento delantero durante unos minutos.

El silencio era absoluto. Al cabo de un rato, me arriesgué a mirar por encima del borde inferior de la ventanilla de mi lado.

—No se ve a nadie —murmuré.

Beugrid me agarró un brazo con mano nerviosa.

—¿Qué vamos a hacer ahora, Dunstan? —preguntó.

—Yo sé lo diré —contesté—. Usted echará a correr hacia Kempdon Park y vendrá con mi coche. Las llaves están puestas. Yo aguardaré aquí.

—No, iremos juntos...

—Haga lo que le digo. Esta emboscada va contra mí y yo quiero intercambiar puntos de vista con el autor de todos estos desaguisados.

—Pero...

—¡Por favor, Beugrid!

Ella se resignó al fin. Abrió la portezuela, saltó del automóvil y echó a correr hacia su residencia.

Desapareció en la próxima curva, tras una aprensiva mirada hacia mí. Yo me quedé solo, envuelto por el absoluto silencio del bosque.

Transcurrieron cuatro o cinco minutos.

De pronto, escuché pasos en las inmediaciones.

El emboscado se acercaba. Si traía la pistola ametralladora...

Abandoné el coche. Un hombre surgió de la espesura.

Lleno de asombro, reconocí al gigantesco individuo que había querido estrangularme semanas antes en Londres.

* * *

El hércules se detuvo a tres pasos y me miró, sonriendo de un modo extraño.

Estuvo un momento inmóvil. Luego hizo un gesto con la mano.

Yo contesté con otro gesto de signo contrario. Él quería que yo le acompañase. Mi cabeza se movió a derecha e izquierda.

Insistió. Yo repetí la negativa.

Avanzó un paso.

—¿No puede hablar? —pregunté.

El gigante continuaba sonriendo. Extendió una mano hacia mí, pero yo di un salto atrás y rodeé el coche.

Corrió detrás de mí. Vi una piedra, me agaché, la recogí y se la tiré, alcanzándole de refilón en una mejilla.

La sangre brotó por el rasguño, pero era lo mismo que rascar la piel de un paquidermo. Lo único que pasó fue que dejó de sonreír.

Retrocedí paso a paso. El oriental continuaba acosándome.

—¿Es que no puedes hablar? —mascullé.

No quería, creo yo. De súbito, se arrojó sobre mí.

Me agaché, esquivé la embestida y escapé lateralmente. Pero una de sus manos, extendido el brazo, me golpeó en el hombro derecho.

No fue un golpe fuerte, aunque, por el mismo impulso que yo llevaba, me hizo dar media vuelta en el aire y rodar por tierra. El gigante se volvió hacia mí y, agachándose, me agarró por los tobillos.

—¡Suéltame, maldita sea! —chillé.

El enorme individuo parecía muy divertido con mi postura. De repente, escuché un ruido extraño.

Era una nota casi musical, como la que hubiera salido de una cuerda grave de una guitarra no muy afinada. Algo siseó en el aire y luego percibí un horrible chasquido.

Una afilada punta apareció por el centro del pecho del gigante. Sus ojos voltearon en las órbitas, mientras, después de soltarme los tobillos, daba unos pasos vacilantes.

Le miré atónito. Alguien le había disparado una flecha de excepcional longitud, un metro por lo menos, con un arco de tremenda potencia. La flecha había entrado por la espalda y atravesado el cuerpo de lado a lado.

El gigante se derrumbó de pronto, como tronco cortado por el hacha del leñador. Pateó un poco y se quedó inmóvil.

Me pareció ver a lo lejos una silueta que corría para ocultarse en la espesura. Fuese quien fuese, era indudable que me había salvado de un gravísimo apuro.

A gatas, me acerqué al caído, que yacía boca abajo. El emplumado astil de la flecha sobresalía un par de palmos de su espalda.

Entonces creí que me daba algo. Yo estaba completamente desconcertado y no acababa de comprender en absoluto por qué aquel gigante tenía que haber muerto a consecuencia de la herida

producida por una flecha sjawossi.

Me puse en pie, inspirando fuertemente. Los dibujos, delicadamente tallados en el palo de la flecha y pintados luego con colores diversos, señalaban de modo inequívoco el origen de aquel mortífero proyectil.

Pero todavía decían otra cosa de mayor importancia. Al menos, por lo que yo sabía, el único arco de origen sjawossi que había en toda Inglaterra era mío.

Lo había traído de mi viaje al país de los sjawossi, junto con una aljaba llena de flechas, elementos que formaban parte de una panoplia decorativa. Resultaba incomprensible que alguien hubiese empleado un arma semejante para salvarme acaso la vida.

El ruido del motor de un automóvil me hizo volver la cabeza. Salí al centro del camino y agité las manos.

Beugrid detuvo el coche.

—No sabe qué contenta me siento de ver que no le ha pasado nada —exclamó.

—Por fortuna —contesté.

—¿Qué quiere decir, Dunstan?

Ella miró por detrás de mí y entonces vio el cuerpo tendido junto al borde del camino. Un grito de terror se escapó de sus labios.

—¿Quién es, Dunstan?

—El mismo que intentó asesinarme en Londres.

Beugrid cerró los ojos un instante. Respiraba entrecortadamente y llegué a creer que acabaría perdiendo el conocimiento.

Afortunadamente, logró rehacerse.

—¿Cómo ha sucedido, Dunstan? —inquirió.

—La emboscada estaba dirigida exclusivamente contra mí —declaré—. El hombre aguardó a que usted desapareciese de la escena para atacarme.

—¿Ha muerto?

—Sí. Alguien me ayudó, Beugrid. No sé quién es, pero me ha librado de un grave peligro.

—Me parece... me parece ver una flecha...

—En efecto, es una flecha.

La cara de Beugrid se oscureció.

—Un arma un tanto extraña, ¿no le parece?

—Sobre todo, teniendo en cuenta que no hay en toda Gran Bretaña más que un solo arco de procedencia sjawossi, lo mismo que la flecha que mató a ese hombre.

—¿Cómo lo sabe? —dijo Beugrid, sorprendida.

—Porque me lo dio un jefe sjawossi como recuerdo. Un buen amigo mío, llamado Kjawi-Ki.

Los ojos de Beugrid se clavaron en mi rostro.

—Eso quiere decir que... le han robado el arco y las flechas de su residencia —murmuró.

—Sí —confirmé escuetamente.

Hubo un momento de silencio. Luego, Beugrid, con gran lentitud, dijo:

—Dunstan, daría algo bueno por no tener la *Primera Pareja* en mi poder. Se habrían evitado muchas muertes violentas, créame.

—Una noble actitud —califiqué—, pero usted no tiene en absoluto la culpa de lo que sucede. Además, ¿puede decirse que tenga usted esas estatuas, si ni siquiera sabe dónde están?

—Es cierto —admitió ella—. ¿Qué piensa hacer ahora, Dunstan?

—Volver a Kempdon Park con usted —respondí.

Subí al coche. Beugrid dio media vuelta y lo hizo retroceder.

A trescientos metros, dije:

—Pare, por favor.

Ella obedeció. Extrañada, preguntó:

—¿Qué sucede ahora, Dunstan?

—Es muy sencillo —respondí—. Alguien vendrá a ver qué ha motivado la tardanza de ese individuo. Entonces quiero estar yo presente, para sorprender al que le dio la orden de... Bueno, no sé si de matarme o de secuestrarme, pero es igual. Siga y no se preocupe por mí, Beugrid.

—¿Cree que eso es posible, Dunstan? —dijo ella, con acento plañidero.

Le dirigí una sonrisa, a la vez que palmeaba una de sus manos.

—No puedo evitar que se preocupe por mí, claro, pero sí le diré que puede irse completamente tranquila. Le aseguro que no me sucederá nada.

Creo que no la convencí, pero accedió a retirarse.

* * *

Transcurrió una hora.

La situación continuaba siendo idéntica. Yo estaba oculto tras unos arbustos y el muerto seguía en el mismo sitio.

Era obvio que alguien notaría la tardanza del gigante. Entonces, tendría que venir alguno para ver qué le había sucedido.

Pasaron treinta minutos más.

De pronto, me pareció advertir algo extraño.

Era la flecha clavada en el cuerpo del oriental. Una flecha sjawossi, no cabía duda. Pero los dibujos...

Yo recordaba muy bien la ceremonia de mi despedida, cuando emprendí el regreso hacia Inglaterra. Kjawi-Ki, el jefe amigo, me había entregado el arco y las flechas, con los dibujos tallados y policromados, correspondientes al grado de guerrero principal, como, si dijéramos, oficial en uno de los ejércitos regulares europeos.

¡Pero la flecha que tenía frente a mis ojos ostentaba los signos correspondientes a jefe de tribu!

La diferencia sería prácticamente nula para un observador normal, aunque no para mis ojos, habituados a distinguir con claridad símbolos y emblemas sjawossis. No, no cabía duda; era la flecha de un jefe...

Abandoné el escondite y me acerqué al cadáver para confirmar mis sospechas. Era cierto, se trataba de la flecha de un jefe de tribu.

Miré desconcertado a mi alrededor. ¿Quién había importado al país el arco y las flechas que no eran míos?

De súbito, escuché crujido de ramajes en las inmediaciones. Veloz y silencioso, regresé a mi escondite y me agazapé tras las ramas del arbusto.

Un hombre apareció ante mis ojos. Era de aspecto normal, pero... en cierta ocasión había recibido en el ojo derecho el impacto de la contera de mi bastón.

«Lástima no tenerlo ahora a mano», me dije.

El individuo vio de repente el cadáver y se puso a temblar convulsivamente. Estuvo así un instante y luego, de modo inesperado, giró sobre sus talones y echó a correr como alma que lleva el diablo.

Yo me lancé en su persecución. El hombre lo advirtió y se volvió hacia mí, con una pistola en la mano.

Era ya demasiado tarde. El ímpetu de mi carrera me arrojó sobre él, con la cabeza gacha, derribándole por tierra antes de que pudiera apretar el gatillo de su pistola.

Sonó un gruñido de dolor. Los dos rodamos por el suelo, pero mi golpe le había aturdido y ya estaba en desventaja.

Un seco derechazo a la mandíbula acabó con su resistencia. Recogí la pistola, que tenía silenciador, y me arrodillé a su lado.

En su documentación figuraba una tarjeta de crédito a nombre de Lee Moreland. Falso o auténtico, el dato carecía de mayor importancia.

Aguardé algunos minutos. Moreland volvió a la vida, con torpeza al principio, aunque no tardó mucho en darse cuenta de su situación.

—Hola —dije sonriendo.

El sujeto se pasó la mano por los labios.

—¿Por qué me ha atacado? —preguntó—. Yo no le he hecho nada malo.

—Pero hace algunos meses intentó secuestrar a la señorita Hervilian. ¿Lo recuerda?

Moreland se encogió de hombros.

—Aquello ya pasó —contestó desabridamente.

—Y la vida de ese gigante también. ¿Lo ha visto?

—¿Ha sido usted?

—Pregunto yo, Moreland —dije, amenazándole con el arma—. ¿Para quién trabaja usted?

El tipo guardó silencio.

—No quieres hablar, ¿eh?

Apreté el gatillo del arma. La bala rozó su oreja izquierda y se clavó en el tronco de un árbol situado a sus espaldas.

Moreland pegó un aullido.

—¡Quiere matarme!

—Si no habla, desde luego —admití fríamente.

—Pero ¿qué diablos quiere saber?

—Te lo he dicho ya. ¿Cuál es tu patrón?

Moreland vaciló.

—Me estás haciendo perder la paciencia —dije malhumoradamente.

—Bueno, yo...

¿Dijo Moreland algo más?

No lo sé. Algo me golpeó la cabeza con fuerza.

Empecé a caer. Creo que Moreland lanzó un grito de alegría, pero no puedo asegurarlo. Perdí el sentido y sonidos e imágenes dejaron de existir para mí.

* * *

Estaba lloviendo a cántaros y yo me mojaba. Sacudí la cabeza y dije algo acerca de mi imprevisión al haber salido sin paraguas.

Más agua cayó sobre mí. Luego escuché una voz femenina:

—Despierte, Dunstie, despierte...

—Ho... la... Beugrid... —hablé torpemente.

—No soy Beugrid, soy Mavis, Dunstie.

—¡Oh! —Pero el dolor que sentía en la cabeza era aún mayor que mi sorpresa—. Ha dicho Mavis...

—Sí, la misma. ¿Qué le ha ocurrido, Dunstie?

Haciendo un esfuerzo, conseguí sentarme en el suelo. Mavis mojó con agua un pañuelo y me lo entregó, para que lo aplicase al chichón que tenía en la nuca.

—¿Se encuentra mejor? —preguntó.

—Un poco —respondí—. ¿Qué hace usted aquí?

—Salí a dar un paseo... y me encontré el coche con dos ruedas reventadas y a usted tendido en el suelo. ¿Qué le ha pasado, Dunstie?

Hice una mueca.

—Soy un tonto —contesté con un gruñido—. Oiga, ¿de dónde ha sacado el agua?

—Hay un arroyo cerca de aquí y encontré una bolsa de plástico en el coche —explicó ella—. Parece que arrojaron tachuelas al camino.

—En efecto, Mavis.

—¿Querían robarle?

—Es lo más probable.

Ella arrugó la nariz.

—¡Hum! —dijo.

—¿No me cree?

—Dunstie, en Kempdon Park están pasando cosas muy raras.

¿Qué sucede?

—Hay un par de obras de arte sumamente valiosas. Alguien quiere conseguirlas por nada.

—¿Obras de arte? La casa está llena de ellas —exclamó ella.

—Bueno, yo me refiero a dos estatuas cuyo paradero se ignora. Es todo lo que puedo decirle por ahora.

—Tengo la seguridad de que Pete está relacionado con ese asunto —adivinó Mavis.

—Yo diría que sí, pero le agradecería infinito que no se lo mencionase, Mavis. Beugrid Hervilian también se lo agradecerá.

—Si usted lo quiere, callaré. ¿Puede ponerse en pie?

—Ayúdeme —pedí.

Ella accedió de buena gana. Después de un par de mareos, conseguí recobrarme casi por completo.

Recorrí los alrededores con la mirada. Tal como presumía, el cadáver del gigante había desaparecido.

—El coche necesita reparación —dijo Mavis.

—Finney se encargará de ello. ¿Regresamos?

—Sí, Dunstie.

Beugrid nos vio desde lejos y se sorprendió mucho de verme volver en compañía de la corista. Disimuladamente, le hice un gesto y ella comprendió. Hablaríamos más tarde, sin testigos.

Subí a mi cuarto y me cambié de ropa. Los efectos del golpe se me habían pasado casi por completo.

El misterio continuaba, aunque me parecía tener una pista que podía conducir a su resolución.

Quizá aquella pista llevaba a Valley House, la residencia de Harramond Guilney.

CAPÍTULO XI

Bajé a la planta baja poco antes de la cena.

El comedor estaba desierto. Me asomé a la biblioteca y vi a Peter Dawson hojeando un libro con aire aburrido.

La ocasión era estupenda. Entré, cerré la puerta y me acerqué al muchacho.

—Hola, Pete —saludé.

—¿Qué tal, *sir* Dunstan? —sonrió Dawson—. Estaba entreteniéndome un poco, mientras llega la hora de la cena.

—Hay muchos libros en la biblioteca —convine—. Quizá está buscando alguno que le indique dónde está la *Primera Pareja*.

Dawson continuó sonriendo, pero el brillo de sus ojos se había acentuado extrañamente.

—No entiendo —dijo.

—Es usted un tipo muy astuto. Tanto, que desempeña estupendamente su papel, el de un joven sin seso ¿Trabaja para los Bluesant?

Dawson se puso serio de repente.

—Esa no es cuestión que le incumba a usted —respondió.

—¿Tanto miedo tiene de admitir la verdad?

—Usted no me da miedo en absoluto. Su fama no me impresiona para nada. A fin de cuentas, no es más que un hombre como los demás.

—Situado en estos momentos en el bando opuesto al suyo, Pete.

Dawson soltó una risita.

—Se ha enamorado de mi prima, ¿eh? —dijo burlonamente.

—Beugrid no es su prima. El parentesco es tan lejano, que apenas se puede calificar de tal.

—No importa demasiado. Pero lo que le he dicho es cierto.

—Bien, aunque así sea, insisto estamos en bandos opuestos.

El chico entrecerró los ojos.

—Quizá el suyo sea el perdedor —apuntó con un leve tono de amenaza en la voz.

—¿Vale tanto la *Primera Pareja* como para arriesgar la vida por esa obra de arte?

Dawson volvió a reír de nuevo.

—No sea truculento, *sir* Dunstan; usted no me asusta, repito —contestó.

—Es posible, pero, en su lugar, yo no me sentiría tan tranquilo.

—¿Por qué lo dice?

—Es muy probable que, en efecto, usted y los Bluesant consigan la *Primera Pareja*. Sin embargo, me gustaría saber qué clase de recompensa le darán por su colaboración.

—Una tercera parte del total —respondió Dawson con notable desenvoltura.

—Yo diría que el total... de un cuchillo entre las costillas.

Dawson respingó. Luego, soltando una de sus malignas risitas, metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó una navaja automática, con hoja de quince centímetros de longitud.

—¿Cómo este? —preguntó al hacer funcionar el resorte que hacía salir el acero.

—Quizá —admití impertérrito—. En todo caso, conviene que les diga a los Bluesant que hablen en otra parte donde no puedan ser escuchados.

El turno del sobresalto llegó ahora para el chico.

—¿Qué está diciendo? —preguntó destempladamente.

—Les escuché el otro día una interesante conversación. Hablaban, naturalmente, de la *Primera Pareja*, y también citaron su nombre.

—¿Qué dijeron de mí?

Convenía infiltrar la duda en su mente.

—Oh, emplearon una metáfora algo rara, aunque perfectamente comprensible —respondí—. Dijeron algo acerca de la botella que se arroja a la basura, una vez consumido el vino que había en su interior.

Giré sobre mis talones y me encaminé hacia la puerta. Cuando alargaba la mano hacia el picaporte percibí un silbido y un seco golpe.

Volví los ojos un poco. La navaja de Dawson estaba clavada en la madera, a la altura de mi hombro derecho.

El chico lanzó una aguda risita.

—Ha sido solo una broma —dijo; pero su tono indicaba lo contrario.

Inspiré con fuerza. Alargué la mano, arranqué la navaja y me volví hacia él.

—¡Cuidado! —chilló, lleno de pánico.

Me acerqué a él lentamente, empuñando la navaja con mano firme. De repente, levanté la mano izquierda y agarré su corbata, tirando de ella con fuerza hacia mí.

—¡No, no! —gritó.

Corté la corbata de un solo tajo.

—Esto puede pasarle en el cuello si no abandona la partida en el acto —dije fríamente.

Dawson sudaba copiosamente. Dejé caer la navaja de punta, y tuvo que dar un salto para que no se le clavase en uno de sus pies.

El acero se hincó en el entarimado y vibró tenuemente unos segundos.

—Váyase de Kempdon Park —dije—. Le conviene, Pete.

Dawson no dijo nada, aunque era evidente que estaca muy impresionado.

Confié en que obedeciera mi orden.

* * *

El banco aparecía como una mancha clara en la oscuridad del jardín.

Era la entrada al subterráneo. ¿Cómo se hacía funcionar?

Lo recorrí un par de veces en todos los sentidos. De pronto, se me ocurrió una idea.

«Tiene que ser un truco muy sencillo», me dije.

Pasé a la parte situada tras el respaldo, que agarré con ambas manos. Tiré con fuerza y se oyó un chasquido.

El banco giró, con el suelo en que se apoyaba, dejando a la vista la entrada al pasadizo. Satisfecho de mi idea, di la vuelta, bajé unos cuantos peldaños y luego tiré de la base del conjunto.

El banco ocupó de nuevo su primitiva posición. Yo había ido prevenido y saqué una linterna.

Bajé el tramo de escaleras y avancé con todo cuidado. Salvé las trampas y llegué a la entrada secreta que daba a mi dormitorio.

Abrí la puerta y la tela del cuadro quedó ante mi vista. Levanté el parche que cubría los ojos del retrato de Arthur Worrey Hervilian. No pude contener una sonrisa.

Beugrid estaba sentada en un sillón, evidentemente nerviosa, a juzgar por el tamborileo de sus dedos sobre los brazos del mueble. Carraspeé con fuerza y ella se puso en pie de un brinco.

—¡Dunstan! ¿Dónde está usted?

Aparté el cuadro y salté al suelo del dormitorio.

—Hola —saludé alegremente.

Beugrid me miró como si viese un fantasma.

—¿De dónde viene usted? —preguntó.

—Quise encontrar el mecanismo de apertura de la otra entrada —respondí.

—¿Lo ha conseguido?

—Sí, efectivamente.

—Estaba muy nerviosa —confesó Beugrid—. Vine a su cuarto y, al no encontrarle, temí lo peor.

—Salí de la casa por una de las puertas posteriores. Ha sido una pequeña excursión sumamente interesante.

—¿Ha conseguido algo de particular?

—Ahora, encontrar solo la otra entrada, es decir, la forma de abrirla. Antes de la cena he sostenido una conversación muy interesante con Peter Dawson.

Ella entornó los párpados.

—¿De qué han hablado? —me preguntó.

—Le he dicho que abandone Kempdon Park.

—¿Usted... le ha dicho eso? —se asombró.

—Sí, Beugrid.

—Pero... ¿por qué?

—Los Bluesant y él han venido a llevarse la *Primera Pareja* y no por procedimientos honrados. Me parece muy conveniente hacerles abandonar el campo.

—No se han ido, Dunstan.

—Ya lo sé, pero al menos saben lo que pienso yo y eso, estimo, ha deslindado los campos.

Beugrid asintió pensativamente.

—Es cierto, pero no ha resuelto el principal problema —dijo.

—¿Cuál? —pregunté.

—El escondite de las dos estatuas.

—No ha dado con él, ¿verdad?

—No, Dunstan, no se me ocurre una idea medianamente viable.

Me mordí los labios.

—Por desgracia, el único que podría decir algo está muerto —dije.

—¿Cole?

—Sí, Beugrid.

—Finney ha estado en el pueblo y ha traído noticias. El coche causante del atropello fue encontrado en el fondo de un barranco, pero vacío.

—Y el asesino se dio a la fuga.

—Es de suponer, Dunstan. ¿Ha conseguido algo en el bosque?

Me froté la nuca con la mano.

—Sí, un buen golpe —dije, enojado.

Y le expliqué lo que me había sucedido después de haber capturado a Moreland.

—Es una verdadera lástima —se lamentó ella.

—Cierto, aunque hay otra cosa que me desconcierta más todavía —confesé.

—¿Qué es, Dunstan?

—La flecha sjawossi, Beugrid.

—Era suya, ¿no?

Hice un gesto negativo.

—Eso es lo desconcertante —respondí—. Mis flechas son de guerrero principal, pues así me consideraban en el país de los sjawossi. Pero la que mató a aquel gigante era flecha de jefe.

—¿Cómo? ¿Hay diferencias en las flechas de esos salvajes?

—Beugrid, los sjawossi son menos salvajes de lo que aparentan y, entre ellos, hay una escala jerárquica que solo se salva mediante acciones bien determinadas. Los sjawossi son tan inteligentes que, a fin de tener el menor contacto posible con la civilización y mantener intacto su sistema de vida, aparentan un salvajismo que están muy lejos de poseer.

—Me deja usted atónita —confesó la muchacha.

—No es mala política, créame.

—En cierto modo, parecida a la de Peter Dawson.

—Con la diferencia de que los fines que persigue Dawson tienen

muy poco de honestos.

Beugrid pareció concentrarse en sí misma.

—Dunstan, al parecer, la *Primera Pareja* fue traída por mi antepasado a Inglaterra, naturalmente, de un modo nada legal. Ahora, la obra de arte es mía por herencia, pero ¿puedo reprochar yo a otros que traten de robar lo que procede de un robo?

—La pregunta, en apariencia, no deja de ser inquietante, pero tiene una fácil respuesta —dije.

—¿Cuál, Dunstan?

—Sencillamente, que en el peor de los casos, usted tiene el mismo derecho que ellos y, además, las estatuas están en su casa. Pero hay otra razón aún más poderosa y es que ninguno de ellos es no ya dueño, pero ni siquiera heredero legítimo del primer dueño de la obra de arte.

Beugrid sonrió.

—Eso tranquiliza bastante mi conciencia —dijo.

—Son unos argumentos lógicos —manifesté—. Las únicas personas que podrían reclamar las estatuas son sus legítimos propietarios, pero ¿quiénes son? Mejor dicho, ¿quiénes fueron? Fue un robo perpetrado hace siglo y medio y nadie ha reclamado jamás las estatuas. Quizá no moralmente, pero sí legalmente es usted la auténtica propietaria.

—Una distinción muy sutil entre moralidad y legalidad, Dunstan —alegó ella.

—Su honestidad en este asunto está fuera de toda duda. A menos que se presente alguien con legítimos títulos de propiedad, es usted la dueña de la *Primera Pareja*.

Beugrid lanzó un profundo suspiro.

—Soy la dueña de algo que ni siquiera sé dónde está —se lamentó.

—Oh, creo que acabará por aparecer. Quizá mañana encuentre alguna pista.

—¿Cómo? ¿Dónde? —preguntó ella con vehemencia.

—Recibí una invitación y voy a aceptarla —contestó.

—¿Piensa ir a Valley House?

—Exactamente es lo que haré mañana por la mañana —afirmé.

—¿Puedo ir con usted, Dunstan?

Hice un gesto negativo.

—No, Beugrid.

Ella me miró fijamente un instante.

—Creo que comprendo —dijo al cabo—. Le deseo mucha suerte, Dunstan.

Momentos después estaba solo en el dormitorio. Encendí un cigarrillo pensativamente y me acerqué a la ventana.

Desde allí podía ver la explanada principal. Hacía una luna radiante y las dos Venus, idénticas, cada una en su surtidor, resplandecían como si fuesen de carne y hueso.

Estuve así unos momentos. De pronto, llamaron a la puerta.

—¡Adelante! —di permiso.

CAPÍTULO XII

Una persona entró en la estancia. Era Linda Bluesant.

La hermosa pelirroja vestía un salto de cama hecho de varias docenas de metros de tul negro. Con el pelo suelto, largo, caído sobre los hombros, componía una estampa turbadoramente atractiva.

—¿Molesto, *lord* Mintwose? —preguntó con voz de tonos insinuantes.

—Por favor, señora Bluesant... ¿En qué puedo servirle?

—La hora es quizá un tanto intempestiva, pero desearía hablar con usted.

—Estoy a su disposición, señora —accedí galantemente—. ¿Quiere sentarse? —le señalé un sillón.

—Mil gracias, pero voy a ser bastante breve, *lord* Mintwose.

Me fijé en que Linda tenía las manos a la espalda. Quizá lo hacía para hacer resaltar las opulentas curvas del busto. Sonreía de un modo extraño y empecé a preguntarme si había venido en busca de una aventura amorosa.

—Bien, usted dirá, señora.

—La verdad es que... Bien, no sé cómo empezar...

—Vamos, vamos —dije, tratando de darle ánimos—. No me como a la gente, señora. ¿De qué se trata?

—Mi marido y yo somos comerciantes en objetos de arte, *lord* Mintwose.

—Sí, lo sé.

—Hace tiempo conocimos en Londres a Beugrid y acordamos con ella en venir a pasar unos días en Kempdon Park, a fin de estudiar las obras de arte que hay aquí.

—Eso tengo entendido.

—Pero no nos interesa ninguna de las que están a la vista.

Miré fijamente a la mujer.

—Algunas obras de arte son verdaderamente valiosas —dije.

—Solo una lo es y no es visible ni, creo, está tampoco a la venta,

lord Mintwose.

—Oh, lo ignoraba —dije, fingiendo ignorancia.

—Pero tenemos esperanzas de que esa obra de arte salga de su encierro y podremos adquirirla. Tenemos un vivísimo interés en conseguirlo y no nos gustaría que nos hicieran la competencia.

Se había producido un sutil cambio en el tono de su voz. No, evidentemente no había venido en busca de una aventura amorosa.

—No soy yo quien les haría la competencia, señora Bluesant —manifesté con toda cortesía.

—La está haciendo, aunque usted no lo sepa. O quizá simula ignorarlo. *Lord* Mintwose, deseamos arreglarnos con usted.

Metió la mano en el amplio escote de su *negligée* y sacó un rectángulo de papel azulado, que tendió hacia mí.

—Tómelo, *lord* Mintwose —indicó.

—¿Qué es eso? —pregunté, fingiendo ignorancia.

—Un cheque contra la Banca Rogers y Compañía, de Liverpool, por valor de treinta mil libras. Está certificado y puede cobrarlo de inmediato en cualquier banco.

Yo permanecí inmóvil, como si no viera la mano que sostenía el cheque, al final de un brazo de mórbidos contornos.

—¿Qué? ¿No lo quiere? —se asombró.

—No, señora —contesté.

Los ojos de Linda despidieron centellas de ira.

—Es usted un tonto —me apostrofó—. Necesita el dinero como cada cual y no se le presentará jamás una ocasión semejante.

—Imagino que ese cheque es un billete de inmediato regreso a Londres —dije sonriendo.

—Sí —confirmó la pelirroja.

—No lo quiero —contesté.

—Es una lástima —dijo ella—. Pero cuando una persona rechaza el ramo de olivo que le tiende otra, no puede quejarse si luego debe afrontar las consecuencias de su negativa.

Súbitamente, sacó la mano derecha, hasta entonces oculta tras la espalda, y me apuntó con una pequeña pistola. Yo ya me había imaginado lo que podía suceder y reaccioné con sorprendente rapidez.

Moví el brazo izquierdo en semicírculo y golpeé la mano armada. La pistola voló por los aires y Linda lanzó un sofocado

grito de sorpresa.

Luego dio un salto lateral y corrió dos pasos, agachándose con la mano extendida para recobrar el arma. Era la postura ideal para que yo contraatacase de determinada manera.

Y golpeé allí con fuerza, con bastante fuerza, sin preocuparme en absoluto la condición femenina de mi oponente. La palmada resonó como un pistoletazo y Linda, junto con un fuerte chillido, dio un tremendo salto, que la llevó involuntariamente mucho más allá de la pistola.

Tranquilamente, recogí el arma y me la eché en el bolsillo. Ella me miró con ojos llenos de lágrimas, frotándose el lugar afectado.

—¡Bruto! —me apostrofó, rabiosa.

—Lo siento, señora, pero la culpa no ha sido mía —contesté sonriendo—. ¡Era una postura tan atractiva!

—¡Oh! —se sonrojó hasta la raíz del cabello. Luego reaccionó y dijo—: Usted se lo pierde, *lord* Mintwose, porque al situarse frente a nosotros...

Fui hacia ella, la agarré por una muñeca y la arrastré hacia la salida.

—Mañana, a las nueve de la mañana, quiero verles abandonar Kempdon Park. A ustedes y al supuesto tonto de Peter Dawson.

Ella me miró con ojos desorbitados por el asombro.

—¿Cómo sabe que...?

—No haga más preguntas —corté fríamente—. Váyanse, es lo mejor que pueden hacer, y resígnense a que la *Primera Pareja* quede en poder de su propietaria.

Aquello pareció derrotarla, pero yo no me fiaba mucho. Estaba seguro de que una simple orden mía no bastaría para hacerles abandonar Kempdon Park.

Sin embargo, había una forma de obligarles a levantar el campo.

* * *

A la mañana siguiente, apenas me hube aseado, lo primero que hice fue buscar al mayordomo.

—¿Finney?

—Sí, *milord*.

—Suba a la habitación de los señores Bluesant y dígales que la

señorita Hervilian cancela su invitación. Dígale también lo mismo al señor Dawson, ¿entendido?

Finney era un mayordomo acostumbrado a todo, pero, aun así, no pudo ocultar un leve gesto de sorpresa.

—Consulte con la señorita Beugrid —añadí—. Estoy seguro de que ella ratificará la orden que acabo de darle.

Finney se inclinó respetuosamente.

—Sí, *milord*.

Esperé un rato. A poco, vi bajar por las escaleras al matrimonio Bluesant, muy tiesos y muy dignos, seguidos de Finney, cargado con su equipaje.

Poco después escuché un pequeño escándalo en el piso superior. Dawson protestaba de la expulsión con no muy buenos modales.

Finney estaba a mi lado y extendió las manos ligeramente, a la vez que hacía un gesto de lástima.

—Qué tiempos Señor, qué tiempos. Ya no hay maneras ni educación, ni...

Dawson bajó poco después, alborotando como un energúmeno. Se detuvo frente a mí y me miró con gran irritación.

—Seguro que es usted el culpable de mi marcha —dijo.

—Sí —admití sin pestañear.

—Mis intenciones eran...

—Nauseabundas.

Dawson respingó.

—Usted se merece una lección —dijo entre dientes.

Sonreí cortésmente.

—¿De veras?

El chico hinchó el tórax. Luego, de repente, disparó su puño derecho contra mi nariz.

Detuve el golpe con la mano izquierda, aferrándole la muñeca. Luego lo hice girar media vuelta rápidamente.

Antes de que tuviera tiempo de aprestarse a la defensa, lo agarré por el cuello de la chaqueta y los pantalones y lo levanté a pulso.

—Finney, la puerta, por favor —rogué cortésmente.

—Con muchísimo gusto, *milord*.

Alguien palmoteo con alborozo en lo alto de la escalera cuando Dawson, pese a sus gritos, atravesó la portalada, voló unos metros por los aires, y fue a caer en el patio. Finney cerró y, pese a su

seriedad de mayordomo británico, pude captar en su rostro una levísima sonrisa.

—¡Estupendo, Dunstie! —gritó la corista desde arriba.

Volví la cabeza. Beugrid salía en aquel momento y Mavis lo notó.

—Yo también tendré que irme, señorita Hervilian —dijo melancólicamente.

Beugrid le dirigió una mirada comprensiva.

—Señorita Fulton...

—Mavis, por favor —rogó la corista.

—Bien, Mavis, lo que ha pasado no va con usted en absoluto. Todo lo contrario, le estoy muy agradecida. Puede quedarse en Kempdon Park todo el tiempo que le apetezca.

Mavis se conmovió.

—Es usted muy buena...

—Por favor —cortó Beugrid, con la sonrisa en los labios—. Se lo he dicho con toda sinceridad.

La corista miró a Beugrid un instante, luego me miró a mí y, por último, volvió a fijar los ojos en Belleza.

—Es un hombre estupendo —dijo—, justo el que usted necesita.

Beugrid se sofocó.

—¡Oh! —exclamó.

Mavis se echó a reír.

—Ha sido una escena magnífica, Dunstie —dijo casi a gritos—. No lo olvide, trabajo en el Royal Castle. Vayan allí a verme los dos cuando estén de vuelta en Londres.

Beugrid sonrió ligeramente y descendió las escaleras.

—A Pete le sentó mal que le invitara a marcharse —dijo.

—Lo mismo que a sus cómplices, claro. Pero el campo ha quedado así más despejado.

—No entiendo —manifestó Beugrid—. ¿Cómo se le ocurrió la idea de mandar a Finney?

—Parecía lo más lógico... y hubiera sido delatarse a sí mismos, contestar con una negativa a un mensajero como el mayordomo. De todas formas, sabían que tenían la partida perdida.

—Usted parece saberlo todo, Dunstan. ¿No quiere explicármelo?

—Ahora no, Beugrid. Cuando vuelva de Valley House.

—¿Cree necesario visitar a Guilney?

—Beugrid, a veces, cuando uno va de caza, la fiera se empeña en no salir de su cubil. Entonces es preciso idear algún truco para hacerla aparecer en terreno descubierto.

—¿Considera usted a Guilney como la pieza de esa hipotética partida de caza? —preguntó ella.

—Al menos, voy a intentar cazar —respondí—. De este modo, podré saber si Guilney es o no mi presa.

CAPÍTULO XIII

Avancé silbando alegremente, a buen paso, a lo largo de un sendero cubierto de hojarasca y escasamente transitado, a juzgar por las apariencias. No tardé mucho en avistar la quinta de Guilney.

Era una construcción algo anticuada, de no muy buen estilo arquitectónico, más bien vulgar. Únicamente el paisaje valía la pena.

El jardín estaba poco cuidado. Había una tapia, con una puerta de reja, y una cadena con una campanilla al lado.

Tiré de la anilla y a poco vi a un hombre que salía de la casa.

Moreland se sorprendió al reconocerme.

—¿Qué diablos quiere aquí? —preguntó de mal talante.

—Me dijeron que hay un cementerio privado en este jardín. Solo quería depositar unas flores en las tumbas —contesté desenvueltamente.

Moreland se sobresaltó. Luego farfulló algo entre dientes.

—Su sentido del humor es pésimo —dijo—. Imagino que quiere ver al señor Guilney.

—Si no hay inconveniente, claro.

El tipo abrió la puerta.

—Entre y entiéndaselas con él —masculló.

Avanzamos juntos por el sendero.

—Moreland, ¿cuánto le paga Guilney por su trabajo? —pregunté de repente.

—¿Le importa mucho?

—Quizá tanto para ofrecerle quinientas libras y otras tantas a su compañero, si abandonan el empleo hoy mismo —dije—. Recuerde lo que le pasó a Hossie.

—No me lo mencione; se me ponen los pelos de punta solo de recordarlo.

—Quinientas libras, Moreland. Pero tiene que ir a buscarlas hoy mismo a Kempdon Park. Mañana ya no servirá.

El esbirro dudó un momento.

—Se lo consultaré a mi compañero —contestó al cabo—. Se llama Mike Holey.

—Muy bien. Les espero antes de que sea de noche, no lo olvide.

Entramos en la casa, grande y un tanto destartalada. Moreland me condujo a un salón bastante espacioso, amueblado de un modo corriente, en el que, entre otras cosas, vi una panoplia con varias armas de fuego.

Guilney llegó minutos más tarde.

—¿Cómo está, *sir* Dunstan? —saludó amablemente—. Celebro mucho que haya aceptado mi invitación. ¿Quiere que le sirvan algo?

—Muchas gracias, señor Guilney —respondí—. Es una visita que tiene muy poco de social.

—Negocios —dijo el otro.

—Más o menos. Un negocio de gran importancia, en el que se trata de evitar la competencia.

—Suele suceder así —convino Guilney—. ¿Cuál es el negocio, *sir* Dunstan?

—Me cuesta un poco de trabajo entrar en materia —dije, fingiendo cierta turbación—. Usted manifestó deseos de ser invitado a Kempdon Park.

—Todavía pienso en ello, *sir* Dunstan.

—Bien, pero no me dijo sus motivos.

—¿Lo cree necesario?

—Por supuesto.

Los ojos de Guilney me escrutaron fijamente durante unos instantes.

—Se trata de algo de gran valor —dijo lentamente.

—Una obra de arte, presumo.

—Exacto.

—¿Cuál es el valor de la obra, señor Guilney?

El otro se encogió de hombros.

—Tan incalculable, que podría decirse es imposible de evaluar —respondió.

—Quizá cientos de miles de libras esterlinas.

—O millones.

Yo silbé.

—Oiga, no he visto nada en Kempdon Park que pueda valer

tanto —manifesté—. Y, créame, aunque moderadamente, soy algo entendido en arte.

Guilney sonrió.

—Lo que yo busco no está a la vista —dijo—. Pero usted podría ganarse una buena recompensa si me ayudara a conseguirlo.

—¿Qué recompensa? —pregunté.

Guilney hizo un gesto ambiguo.

—Oh, cuarenta o cincuenta mil libras —contestó displicente.

«Mac Cabe me daba veinticinco mil y treinta mil los Bluesant. Este me ofrece cuarenta mil por lo menos. La "temperatura" va subiendo», pensé.

—No está mal —contesté—. ¿Qué tendría que hacer yo, señor Guilney?

—Buscar la obra de arte y entregármela, por supuesto.

—¿Sin comunicárselo a la dueña?

Guilney asintió en silencio.

—Una actitud incomprensible la suya —comenté.

—Los maniáticos del arte, en general, somos incomprensibles.

—Ya —murmuré.

De pronto, me acerqué a la panoplia y descolgué un potente rifle de caza, con mirilla telescópica. Guilney me contemplaba con inquieta curiosidad, aunque manteniendo su apariencia impasible.

Estiré y alargué los brazos dos o tres veces, para calcular el peso del rifle. Tiré del cerrojo y vi balas en el depósito.

Avancé el cerrojo. Un cartucho pasó a la recámara. Entonces, me eché el arma a la cara y apunté directamente al pecho de Guilney.

* * *

Sonó una exclamación de susto. Guilney pegó un salto, a la vez que palidecía.

—¡*Sir* Dunstan! —gritó.

—No tema —sonreí, bajando el arma—. Solo probaba el rifle.

Guilney sacó un pañuelo y se enjugó el sudor de la frente.

—Me asustó usted —confesó.

—¿Cómo pudo llegar a creer que yo abrigaba intenciones hostiles, señor Guilney? —dije—. Por favor.

—Si lo hizo como broma, no tiene ninguna gracia —refunfuñó

—. Bien, ¿qué hay del negocio?

Una idea se me ocurrió en aquel momento.

—Señor Guilney, usted y yo nos conocimos hace meses, si mal no recuerdo, en la tienda de Mac Cabe.

—Es verdad.

—Usted fue allí por negocios también. Parece ser que a Mac Cabe no le agradó la idea de tratar con usted. El diálogo entre ambos no era, creo, demasiado amable.

—Mac Cabe fue siempre un tipo gruñón.

—Quizá por eso mismo murió momentos más tarde. Recuerda los detalles de su muerte, ¿no?

—Leí el suceso en los periódicos, *sir* Dunstan.

—Pobre hombre —dije, en tono afligido—. Alguien le cambió su cigarrera y puso en ella un habano, con un cartucho en su interior. Un cartucho sin bala, aunque no esté dentro de la recámara de un fusil, también puede matar, ¿no cree?

—Desde luego —respondió Guilney, envaradamente.

Todavía tenía yo el rifle en las manos y lo volví a su sitio.

—¿Es la misma arma con la cual mató usted involuntariamente a Harold Sturmer? —pregunté, aún vuelto de espaldas a Guilney.

Sobrevino un momento de silencio. Lentamente, me volví hacia él.

Guilney respiraba con fuerza.

—El jurado me absolvió —dijo.

—Nadie ha puesto en duda su culpabilidad —contesté sonriendo —. Pero, qué casualidad, creo que Sturmer también andaba detrás de la *Primera Pareja*.

Los ojos de Guilney me miraron con furia indescriptible.

—*Sir* Dunstan, mantengo mi oferta durante veinticuatro horas —dijo cortantemente—. Mañana pensaré de otro modo.

—¿Sí? —yo me sentía muy satisfecho de estar tan cerca de la solución del caso—. Bueno, es una lástima que no pueda aceptar su generoso ofrecimiento.

—¿Por qué? —preguntó el individuo.

—Beugrid Hervilian ha encontrado las estatuas.

Guilney abrió la boca de par en par.

—¡Imposible! —barbotó.

Yo me encogí de hombros.

—No está obligado a aceptar mi palabra —contesté fríamente.

Y me dirigí hacia la puerta. Con el rabillo del ojo, sobre una mesita, vi una gran cigarrera, en uno de cuyos ángulos había dos iniciales conocidas de mí.

La H y la M de Henry Mac Cabe podían ser también de Harry Miller, pongo por ejemplo, pero a mí se me antojaba sumamente sospechosa la cigarrera en casa de Guilney.

—*Sir* Dunstan —me llamó de pronto.

Me detuve, aunque no volví la cabeza.

—¿Señor Guilney?

—Mantengo mi oferta de dinero. Cincuenta mil. Pero ahora solo le doy de plazo hasta las doce de la noche.

—Una hora muy curiosa —sonreí negligentemente—. ¿Eso es todo, señor Guilney?

—Sí.

—Buenos días, señor Guilney.

Al abandonar el salón, vi, al otro lado del amplio vestíbulo, una puerta entreabierta. Había un hombre tras ella y parpadeé un instante, porque me pareció un sujeto de proporciones gigantescas.

No obstante, seguí adelante sin hacer mucho caso. En la puerta me encontré con Moreland, quien me guiñó un ojo con expresión de complicidad.

Yo le respondí con un gesto análogo. Moreland abrió la puerta y abandoné la casa. Sin más dilación, emprendí el regreso a Kempdon Park.

* * *

Me serví una copa de jerez y contemplé el vino al trasluz.

—Es Guilney —dije.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Beugrid.

—Tiene allí la cigarrera de Mac Cabe.

—¡Oh! —exclamó la muchacha.

—Pero le he arrancado los dientes, Beugrid —añadí.

—¿Qué quiere decir, Dunstan?

—Aquel gigante, venido al país de Dios sabe dónde, está muerto, y lo mismo Hossie, uno de los que intervinieron en su frustrado secuestro. Solo le quedan dos esbirros, los cuales vendrán dentro de

poco a percibir quinientas libras esterlinas cada uno.

Beugrid me miró muy intrigada.

—¿Quién les va a dar el dinero? —quiso saber.

—Yo, naturalmente.

—Pero ¿por qué?

—Sencillamente, por motivos egoístas —tomé un sorbo de jerez y la miré con la sonrisa en los labios—. ¿Le extraña, Beugrid?

—Me desconcierta, mejor dicho —contestó ella.

—¿Confía usted en mí? —pregunté.

—No le hubiese llamado, si no fuese así —dijo Beugrid, apaciblemente.

Me acerqué a ella un poco y apreté su brazo con gesto amistoso.

—No se impaciente —aconsejé—. Todo saldrá bien.

Beugrid suspiró.

—Menos el hallazgo de las estatuas. Aún no sabemos dónde están —se lamentó.

—Eso es cierto, pero me da en la nariz que Guilney ha descubierto algo interesante, en los planos que nos arrebató, por supuesto. Y vendrá esta noche.

—¿Se lo ha dicho?

—No —sonreí—. Me lo imagino.

—¿Por qué, Dunstan?

—Me hizo una proposición, que no acepté, claro. Al despedirnos insistió en ello, pero si la primera vez me había dado de plazo veinticuatro horas, la segunda solo me concedió hasta la medianoche de hoy. Por tanto, espero que venga, decidido a todo.

—¿Cuál fue la proposición, Dunstan? —preguntó Beugrid.

—Cincuenta mil libras esterlinas, por conseguirle la *Primera Pareja* —respondí.

—Una suma realmente tentadora —calificó ella, mirándome intensamente a la cara.

—Para mí, una fruslería.

—Pero usted no es hombre rico. Acomodado y sin problemas económicos, sí, aunque no un millonario para rechazar...

—Beugrid, en este mundo hay cosas que valen más que todos los bienes materiales —dije con acento sentencioso—. Esas cosas no se compran con dinero y espero hacérselo saber a Guilney cuando venga a visitarnos.

Ella se sonrojó bastante.

—Creo que le entiendo, Dunstan —manifestó.

Terminé la copa de vino. Casualmente, miré por la ventana y vi a dos tipos que desembarcaban del coche en aquellos instantes.

—Ah, ahí está parte de la dentadura de Guilney —exclamé.

Moreland y Holey entraron en la casa momentos después. Ya tenía los cheques preparados.

Moreland rezongó un poco, porque esperaba billetes, pero acallé sus escrúpulos, diciéndole que no habría indagaciones acerca de los cheques.

—¿Sabe «él» que le han abandonado? —pregunté.

—Todavía no. Solo le dijimos que íbamos a dar una vuelta por el pueblo —respondió Moreland.

—Pero seguiremos hasta Londres —añadió Holey. Era el que había recibido la navaja en el hombro, la noche del fallido secuestro de Beugrid.

—Eso está muy bien, y estará todavía mejor si no se cruzan jamás en nuestro camino.

—Sobre eso, puede estar usted absolutamente seguro —afirmó Moreland.

—Ah, una cosa todavía. Fue Guilney quien les ordenó secuestrar a la señorita Hervilian, ¿no es cierto?

—Sí, señor —admitió Holey de mala gana.

—¿Les dio algún motivo?

—No. Solo nos dijo que quería hablar con ella, ya que la señorita se negaba rotundamente a recibirle.

—¡Caramba! —exclamé—. Espero que Guilney no haga así con todas las personas que se niegan a recibirle. No es una manera muy correcta de imponer los propios criterios, creo yo.

Se encogieron de hombros. ¿Qué iban a decir?

—Nos hemos visto por última vez —indiqué en el momento de la despedida.

Estaba seguro de que así sería.

CAPÍTULO XIV

Durante el resto del día, yo había trabajado afanosamente. Al llegar la noche, todo estaba ya preparado para la recepción que haríamos a Guilney.

Cenamos juntos en el comedor. Mavis estaba todavía en Kempdon Park y su charla fluida y divertida y, en ocasiones, atrevida, nos hizo pasar un buen rato. Contó innumerables anécdotas con gracia y desparpajo singulares, lo que me hizo pensar que estaba perdiendo el tiempo en un vulgar *music-hall*.

—Usted tiene dotes de actriz —dije—. ¿Por qué no ha intentado actuar en un teatro?

—¿Quién querría darme una oportunidad? —se lamentó la rubia —. Hay que tener muchas amistades...

—Quizá yo pueda ayudarla en ese sentido, Mavis. Vaya a verme a Londres y le recomendaré a un buen amigo mío, director escénico de fama. Creo que podrá darle un papel, aunque los principios no serán fáciles —advertí sinceramente.

—Siempre será mejor que bailar ligera de ropa en el escenario de un *music-hall* —contestó Mavis, agradecida.

Después de cenar, nos retiramos, en apariencia, si bien yo me quedé agazapado en un rincón del vestíbulo, una vez se hubieron apagado todas las luces de la casa. No había más remedio que esperar armado de paciencia.

Pasó un buen rato. De pronto, oí pasos suaves.

—¿Dunstan? —susurró Beugrid.

—Estoy aquí. ¿Por qué no se ha ido a dormir?

—¿Cree que podría conciliar el sueño? —contestó.

—Me lo imagino —sonreí—. Bien, siéntese por ahí y haga lo que yo: aguardar.

—No podría tampoco estar sentada. Los nervios me hacen saltar continuamente, Dunstan.

—Alguna vez me llamará Dunstie, supongo —dije para animarla.

Ella forzó una sonrisa en la oscuridad.

—¿Tiene mucho interés en ello? —preguntó.

—Bueno, hace ya algún tiempo que nos conocemos y, si no me llama usted presumido, diré que se ha establecido cierta confianza entre ambos. ¿Me equivoco, Beugrid?

—No, no se equivoca... Dunstie.

—Así está mejor —dije, complacido.

Transcurrió media hora más. Consulté el reloj y vi que faltaba ya muy poco para la media noche.

—Beugrid, ¿cómo llegó a su conocimiento la existencia de las dos estatuas, si su padre no le había dicho nada? —pregunté de repente.

—Recibí una propuesta de un anticuario, llamado Hartford. Él conocía la historia, porque se la había contado mi padre años atrás. Mi padre le hubiera vendido las estatuas, por supuesto, pero murió antes de concretar la operación. Tampoco tenía mucha prisa, al parecer, puesto que la situación económica era buena entonces.

—Y luego se ha deteriorado.

Beugrid suspiró.

—Los impuestos sobre la herencia me dejaron poco menos que en la ruina —contestó.

—Entiendo. Así, pues, su padre murió sin declararle el escondite de las estatuas.

—Efectivamente. Siempre fue un tipo algo raro...

—Eso pasa a veces —dije, para consolarla. Y, de repente, sonó un agudo grito en el patio—. ¡Ya están ahí! —exclamé.

Beugrid se puso nerviosísima.

—Tranquilícese —dije—. Deje que sea yo el que hable.

Estaba junto a una de las ventanas, que abrí sin más dilación. Elevé la voz y anuncié:

—¡Esa entrada está clausurada, Guilney!

* * *

Junto a mi mano tenía un interruptor general al cual había conectado todas las luces de las habitaciones que daban a la explanada. Además, había montado un par de potentes lámparas, con lo que, al manejar el interruptor, las sombras desaparecieron por completo.

Guilney se volvió, terriblemente sobresaltado. Estaba junto al banco que ocultaba la entrada al pasadizo subterráneo. Agité una mano y añadí:

—¡Venga, venga! Acérquese y charlaremos.

Guilney vaciló un momento, pero acabó por acercárseme. Yo salí a la puerta, mientras Beugrid quedaba junto a ella, pero por la parte de adentro.

—¿Se ha quemado la mano, Guilney? —pregunté irónicamente —. He conectado un cable eléctrico al banco —expliqué.

—¿Por qué lo ha hecho? —pregunté.

—En primer lugar, para decirle que rechazo su proposición. Y en segundo, para que me diga dónde están las estatuas. Usted conoce su escondite, Guilney.

—Si lo conociera, no estaría ya aquí —refunfuñó el sujeto.

—Pero está —dije—. Y yo aguardo a un conocido para ponerle a usted en un buen aprieto. Me refiero al inspector Long, de Scotland Yard.

Guilney se sobresaltó.

—¿Qué diablos...?

—Long le acusará de la muerte de Mac Cabe. Un ardid ingenioso, por supuesto, con el cual quiso eliminar usted la competencia del anticuario. También le acusaremos de intento de secuestro y tentativas de asesinato.

—No podrán probar la muerte de Guilney ni tampoco los otros delitos —dije.

—Incluyamos la muerte de Barney Cole —dije fríamente—. Fue un asesinato perpetrado con toda deliberación, ayudado por alguno de sus cómplices. Usted, me imagino, debió de engañar a Cole de algún modo, haciéndole ir al otro lado de la calle. Luego, cuando vio que la iba a cruzar, avisó a su compinche de algún modo, y así, todo el mundo creyó que quería ayudar a Cole, cuando lo que deseaba era que muriese atropellado.

Guilney entrecerró los ojos.

—Es usted muy listo —dijo—. Lástima que me portase tan consideradamente con usted.

—¿Cómo? Intentó matarme en varias ocasiones...

—Si hubiera querido hacerlo, ya estaría muerto —contestó Guilney desdeñosamente—. Solo quería apartarle de mi camino.

—No me diga que la ráfaga de ametralladora...

—La disparé yo y esperé a que se escondiera bajo el asiento.

—Está bien, Guilney, le agradezco sus atenciones. Por lo visto, he sido más afortunado que otros, como, por ejemplo, Harold Sturmer.

—Estaba cansado de advertirle. No tuve otro remedio.

—Y de mi empieza a cansarse ya.

—Estoy más que harto —rezongó—. Ojalá hubiera dicho a Augustos que le estrangulase en Londres, en lugar de darle solo un susto.

—Ah, se llamaba Augustus aquel gigantón.

—Sí. Por cierto, ¿quién lo mató?

Me encogí de hombros.

—No tengo la menor idea —respondí—. Pero, en efecto, Augustus me dio un buen susto, dos, mejor dicho.

Guilney sonrió extrañamente.

—Todavía me quedan elementos para asustarle —contestó.

—Moreland y Holey le han abandonado —dije.

—Lo sé, pero no eran los únicos en Valley House.

Guilney se metió los dedos en la boca y lanzó un fuerte silbido. Pasos humanos resonaron casi en el acto.

Dos enormes individuos, tremendamente parecidos en la corpulencia a Augustus, aparecieron de inmediato ante mis ojos. Yo creí que soñaba.

—Le presento a Junius y a Julius, mis fieles servidores —dijo Guilney, complaciéndose en mi sorpresa—. Están muy enfadados con usted, porque le creen culpable de la muerte de Augustas.

* * *

Durante unos instantes, contemplé a los dos colosales individuos. Si uno solo me resultaba imposible de vencer, ¿cómo soñar siquiera en derrotar a dos tipos de semejante calibre?

—¿Y bien, *lord* Mintwose? —dijo Guilney, irónicamente.

—¿Cree que obtendrá por la fuerza lo que no ha conseguido de otro modo hasta ahora? —pregunté.

Saqué la pistola de Linda y le encañoné con ella. Guilney continuaba sonriendo.

—No me asusta —dijo—. Y no puede matar más que a uno de los dos. El otro le hará pedazos.

—Tiraré contra usted —aseguré.

—Entonces, le despedazarán entre los dos.

—Se me está ocurriendo una cosa —dije—. Ya sabe dónde están las estatuas.

—Sí —admitió, impertérrito.

—¿Dónde?

Guilney se echó a reír.

—No lo he adivinado por los planos que le cambié; fue un esfuerzo inútil. Pero había en uno de los rollos de papel una frase escrita en tinta simpática, que hice visible. Se me ocurrió la idea y dio resultado.

—Un mensaje secreto, ¿eh?

—Sí.

—Bien, ¿qué decía?

—Era una frase latina. *Statua mira statuas*. ¿Lo comprende?

Casi di un bote de asombro.

—¡Rayos! ¿Será posible? —exclamé.

—Lo es —afirmó Guilney.

—Pero, entonces, ¿por qué utilizar el pasadizo secreto?

—Me pareció el sitio más lógico para acceder al escondite —respondió.

—¿Lo sabía Cole?

—No. Él solo me había hablado del pasadizo.

—Y usted no quería que nosotros supiéramos...

—Justamente.

—Bien, ya sabe dónde están las estatuas. ¿Qué piensa hacer ahora?

—Llevármelas, naturalmente. Pagaré una buena indemnización a la señorita Hervilian, pero serán mías.

Miré alternativamente a los dos gigantes. No podía oponerme a los deseos de Guilney.

Súbitamente, se oyó algo parecido al tañido de la cuerda grave de una guitarra. Guilney lanzó un horroroso alarido.

Se estremeció convulsivamente. Bajó la vista y contempló la punta de la flecha que sobresalía de su pecho, después de haberle entrado por la espalda.

Aquello le produjo el colapso definitivo y se derrumbó a mis pies, muerto. Junius y Julius, aterrados, huyeron a todo correr.

Yo me quedé perplejo por la actitud de los gigantes, pero, recordando lo que me había pasado con Augustus cuando le enseñé el venablo sjawossi, comprendí que sentían un miedo patológico hacia aquella clase de armas. Era, por otra parte, una consecuencia de su limitada facultad de raciocinio.

Una sombra se destacó de la oscuridad del otro lado de los surtidores. Se acercó a la casa y entonces lo reconocí.

—¡Kjawi-Ki! —exclamé, en el colmo del asombro.

El sjawossi se detuvo ante mí, con el arco en las manos, y se tocó el lado derecho de la cara, haciendo el saludo propio de su pueblo.

—Te saludo, guerrero Dunstan —dijo.

Beugrid apareció en la puerta en aquel momento.

—¿Tu mujer? —preguntó Kjawi-Ki.

—No. La dueña de las estatuas.

—Te equivocas —dijo Kjawi-Ki—. Pertenecen al pueblo sjawossi. Son la representación de la primera pareja fundadora de nuestro pueblo. Fueron robadas hace muchísimos años y, desde entonces, no hemos dejado de intentar su recuperación.

Volví los ojos hacia Beugrid. Ella dijo:

—Si asegura que son suyas...

Contemplé unos instantes el oscuro rostro de Kjawi-Ki. Ahora comprendía las visiones que había tenido.

—Kjawi-Ki es un gran jefe, que nunca miente —afirmé.

El sjawossi hizo una inclinación, como agradecimiento de mis palabras.

—Mi padre también buscó la *Primera Pareja* —dijo—. Heredó la misión de su abuelo y a mí me correspondió buscar las estatuas, cuando me llegó la edad. Mi hijo lo hubiera hecho igualmente, de no haberlo conseguido yo.

—¡Pero todavía no han aparecido! —exclamó Beugrid.

Dirigí la vista hacia las dos Venus gemelas que coronaban los surtidores.

—Un escondite muy ingenioso —dije—. Kjawi-Ki, ¿querrás ayudarme a sacar las estatuas?

—Será un placer —aseguró el sjawossi.

* * *

Estábamos sin respiración, contemplando aquellas esplendentes joyas, producto de un arte primitivo, pero no por ello menos genuino. Una de las estatuas, la que representaba al hombre, era de color rojo. La de la mujer, era de color verde, y ambas tenían una altura de unos setenta centímetros.

Viendo las estatuas, comprendimos las muertes que había originado la ambición de poseerlas. El color rojo era de rubí, un rubí enorme, de una sola pieza, en la cual, el artista, quizá miles de años antes, talló la figura humana. No, ciertamente, no había precio para aquella joya.

Por supuesto, el color verde era el de la esmeralda en que se había cincelado la figura de la mujer, un desnudo de formas perfectas, incluso en el rostro.

Todos estábamos con la respiración en suspenso. Kjawi-Ki no era el menos absorto, contemplando las estatuas, que hasta entonces, habían estado contenidas en otras dos mucho mayores, pero hechas de vulgar piedra hueca. Un buen mazo había servido para encontrar el tesoro que contenían.

—Encargaré otras dos Venus análogas —dije, después de un buen rato.

Kjawi-Ki meneó la cabeza.

—No lo hagas —aconsejó—. Os enviaré dos copias de la *Primera Pareja*. En obsidiana volcánica, quedarán también muy atractivas.

—¿Qué le parece, Beugrid? —consulté.

—No hay objeción —respondió la muchacha—. Pero... un hombre como usted... ¿cómo habla tan bien nuestro idioma?

Kjawi-Ki sonrió enigmáticamente.

—Estudié en Oxford, señorita —contestó.

—¿Quién lo dijera? —exclamó Mavis, que asistía a la reunión—. Viéndole y oyéndole, me parece que los salvajes somos nosotros.

Golpeé la estatua de la mujer con la uña del dedo índice. Una nota grave, profundamente musical, se expandió por la sala. Me pareció que aquel sonido alejaba definitivamente la maldición de los Hervilian.

* * *

Beugrid estaba aguardándome en su despacho.

—¿Qué va a hacer ahora, Dunstie? —me preguntó, cuando hube acudido a su llamada.

Sonreí ligeramente.

—Ahora, yo tendría que hacer como el héroe de una aventura llena de peligros, una vez culminada satisfactoriamente. Debería alejarme callada y modestamente, en silencio, sin esperar recompensa, acaso confiando íntimamente en recibirla, pero no será así.

—¿Qué quiere decir? —se extrañó Beugrid.

Avancé hacia ella y estreché su flexible cintura entre mis brazos.

—Beugrid, me enamoré de ti el primer día que nos vimos —confesé—. Jamás he podido olvidarte... y creo que yo no te resulto indiferente.

Ella se sonrojó de un modo encantador.

—Jamás resultarías indiferente a una mujer —repuso.

—En tal caso, permíteme que pida tu mano. ¿Quieres casarte conmigo, Beugrid Hervilian?

Ella apoyó la cabeza en mi hombro.

—Sí, Dunstan —contestó.

Casi grité de alegría. Belleza era mía para siempre...

F I N

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

se complace en recomendar
a sus lectores, las colecciones:

HEROES DE LA PRADERA

dedicada a las mejores novelas
de dos colosos del

"WESTERN"

dos autores cuya fama crece día a día:

SILVER KANE y KEITH LUGER

y

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

en la que sólo tienen cabida las
más extraordinarias aventuras de

"CIENCIA FICCION"

debidas a la pluma de los autores que
mayor éxito han obtenido entre los
aficionados a este género

Las mejores obras de:
"SUSPENSE", ESPIONAJE Y POLICIACAS
escritas por los mejores autores del género

PUNTO ROJO

SERVICIO SECRETO

Más de 1.200 títulos en sólo dos colecciones son prueba evidente del favor que el público dispensa a nuestras series populares

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS. Impreso en España

[1] **Tenga en cuenta el lector que la acción transcurre en Gran Bretaña, donde los automóviles llevan el volante al lado derecho. (Nota del autor).**